

D861.3
438ba
.4

FABIO FIALLO

✓



EL
BALCON
DE
PSIQUIS

POEMAS

EM

Para
Antonio Julia Aytes
con mi mejor cariño de
hace cien años

Antonio Julia

EL BALCON DE PSIQUIS

(Antología)



FABIO FIALLO

EL BALCON DE PSIQUIS



PROLOGO DE
CAMILA HENRIQUEZ UREÑA



ESTUDIO CRITICO DE
ANA MARIA GARASINO



1935
CULTURAL, S. A.
PI Y MARGALL, 135
HABANA



9233-10

B. 1110/63

PO

R0861.3

F4396



A

RUBEN DARIO

*A través de la Vida
y a través de la Muerte.*

*Pocas veces he escrito sobre un
poeta con tanto placer como ahora,
sobre Fabio Fiallo. Yo amo las
almas de perla y los tratos de seda.*

RUBEN DARIO.

PARIS, 1911.

017435:



FABIO FIALLO

EL POETA DEL AMOR

DE nuevo ofrece al mundo un ramillete de sus canciones en flor este poeta en cuyo jardín hay siempre "un ruiseñor que es alondra de luz por la mañana".

Quién que ame y cultive la literatura de lengua castellana puede desconocer la obra de Fabio Fiallo, el amigo fraternal de Rubén Darío, el fino autor de esos libros cuyo sólo título es un poema: "Primavera Sentimental", "Cantaba el Ruiseñor", "Canciones de la Tarde". Y quién que haya leído esos versos podrá olvidarlos? Son melodía que se adhiere al oído; son temblor de emociones que traspasa el alma y deja en ella una huella indeleble.

Fabio Fiallo—dijo Rubén Darío,— "nació con el don divino y jamás lo ha profanado." La poesía es en él algo espontáneo, inmanente, como el canto en el jilguero o el perfume en la rosa. No es su verso mera hazaña de calculadora destreza. Alcanza la elegancia de la forma como una consecuencia de la aristocracia del pensamiento; la música de sus poemas es eco de una melodía espiritual: música de la idea. Siente, y halla enseguida la expre-

sión cabal, insustituible, para exteriorizar su sentimiento: virtud de artista genuino.

En qué escuela se podría incluir a este "muy antiguo y muy moderno" creador de rimas frágiles y eternas? Quién se atreverá a afirmar que es posible sujetar a ley invariable y clasificar con procedimientos de naturalista a esa "cosa leve, alada y sagrada" que, según el divino Platón, es "el poeta"? El puede decir con el gran cubano:

"Yo vengo de todas partes
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes;
en los montes, monte soy".

La suya es poesía desnuda, como la invoca Juan Ramón Jiménez; libre de elaborados conceptos y de trascendentales filosofías; mas, rica en emociones sutiles. Hay en ella ecos de la poesía romántica "pura", de Hugo, Lamartine y Musset, abierta expresión de toda inquietud individual, ímpetu desbordado del alma, que inundó de turbulentas sonoridades la lírica hispanoamericana; hay reminiscencias del éxtasis sentimental de la "Alemania romántica de ayer", y a veces, notas arrancadas al arpa becqueriana; pero hay, sobre todo, romanticismo "interior", genuino, que no es fórmula de escuela, sino "modo" espiritual, vivo en todos los tiempos.

Más de una vez se han señalado semejanzas entre la poesía de Fiallo y la del gran poeta romántico de los Lieder, Enrique Heine. En efecto, el cantor tropical ha comprendido,

por misteriosa afinidad espiritual, la música que el celeste pájaro de las noches de luna ha prestado a la canción alemana desde tiempos que se pierden en la lejanía: él ha sabido sentir aquel "amor alemán" que Darío negaba a los propios alemanes:

"La celeste
Gretchen; claro de luna; el aria; el nido
del ruiseñor; y en una roca agreste,
la luz de nieve que del cielo llega
y baña a una hermosa que suspira
la queja vaga que a la noche entrega
Loreley en la lengua de la lira".

Así lo ha expresado Fiallo en su breve, deliciosa composición "Plenilunio", que es un "lied" por la tonalidad lírica, por la vaguedad sentimental, por la penetración del alma del paisaje, por la musicalidad:

"Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.

Y la dije... No sé lo que la dijo
mi temblorosa voz...

En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.

Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son?... .

Guarda, oh luna! el secreto de mi alma;
cállalo, ruiseñor!"

Como quería Heine, Fiallo maneja a modo de escultor sentimientos y visiones, como una materia que existe por sí misma; los separa del alma que los produce y los exterioriza en forma casi plástica, aunque con un profundo conocimiento del efecto poético, tan afín al musical. Como Heine, Fiallo sabe expresar en breves palabras el secreto conflicto entre lo aparente y lo real, y presentar la idea en una forma al par simple y sutil, sintéticamente expresiva:

Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
ay, todos, menos yo!"

Pero hay en los "lieder" de Heine, junto a la gracia romántica del sentimiento, una fuerza diabólica que destruye. Su musa es la Esfinge que él describe, la que besa con labios celestiales y al mismo tiempo destroza el corazón con infernales garras; es la dulce y pérfida Loreley, que sentada en la roca del Rhin, peina sus cabellos con un peine que es de oro como ellos, y modula una canción de irresistible misterio, para perder al barquero impru-

dente que se atreva a escucharla; une a lo sagrado, la blasfemia; al amor, la burla; al entusiasmo, la sátira. No se encuentran en Fiallo la malignidad, el brote áspero de sarcasmo, que ponían en las angélicas visiones de Heine la nota demoníaca. Su ironía es más leve; su melancolía es más dulce. Por eso decía Rubén Darío que para llegar a Fiallo el "lied" había pasado por Sevilla; mas tampoco se encuentran en Fiallo la desesperanzada tristeza, el hastío de vivir que hay en Bécquer. Con más fe que el alemán, con más vigor que el español, este vibrante poeta tropical afirma, por encima de la muerte y a pesar del dolor, el valor de la vida y el ansia inextinguible de amor, razón suficiente de la existencia y del anhelo de inmortalidad.

"Sé que esta copa de cristal brillante,
brillante cual los ojos del chacal,
guarda un filtro que mata lentamente,
como mata el pesar.

Pero lo escancia tan querida mano,
mano de tal perfume y gracia tal,
que de mis labios la brillante copa
nunca podré apartar.

Y cuando el ángel de la muerte venga,
venga mi frente pálida a besar,
y en mil pedazos por el suelo rueda
mi copa de cristal.

Quién pudiera otra vida más hermosa,
hermosa cual mi muerte, comenzar,
y sonriendo a la dulce victimaria
beber de nuevo el tósigo mortal!

La musa de "La Noche de Agosto" se inclina, estremecida, sobre la frente del poeta, y otra vez resuena en los aires la ardiente profesión de fe:

"Après avoir souffert, il faut souffrir encore:
Il faut aimer sans cesse, après avoir aimé".

Fabio Fiallo es el poeta del Amor. Es éste, "frágil como un ídolo y eterno como un dios", quien pulsa las cuerdas de su lira: es el amor multiforme, pero único en su esencia.

Amor casto y secreto que entona la canción de Fortunio:

"Flota su imagen pensativa y casta
en mis versos de amor,
como flota en los pétalos de un lirio
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
su nombre vibrará".

Amor cándido y doloroso que llega a ansiar el sacrificio:

"Si algún peso la aguarda, arrojadlo en mi cruz!"

Amor fuerte que aspira a perdurar más allá del sepulcro:

"Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!"

Amor de ensueño y de imposible, por
"una amada distante...
que es a la vez una fugaz estrella".

Amor, en fin, "que todo dice y canta": dolor de lo que ha sido y de lo que nunca ha de ser; frescor de nacientes ilusiones; margaritas deshojadas con ansias siempre nuevas; lirios de ternura y ardientes rosas de deseo ofrendados en los altares de Eva y Cipris, las que concentran el misterio del corazón del mundo.

Es poeta galante, digno de haber entonado sus trovas en las Cortes de Amor y haber recibido la preciada eglantina de manos de una ideal Clemencia Isaura. Ora canta, con "sonoridades tradicionales":

"La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y como un piano sonoro
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón".

Ora evoca,

"en la ojival ventana,
la cuitada doncella
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas".

Ora tiene acentos de una modernidad que remeda la ingenua simplicidad de lo primitivo:

"Ayer la niña que adoro
se me volvió una canción;
una canción olorosa
a incienso de altar y a flor.
Yo la traía en el pecho
cuando la noche llegó;
todos notaban mi gozo,
tal vez oían mi canción, . . .
mas, nadie vió que en el seno.



como un rayito de sol
bien oculto, yo traía
a la niña de mi amor.

Hay en la personalidad de Fabio Fiallo facetas múltiples y brillantes. Es, al mismo tiempo que poeta, prosista fino e ingenioso, traductor hábil y comprensivo, periodista de renombre. Ha sabido también trocar la pluma por la espada, como un nuevo Garcilaso. Ha tomado parte en las arduas lides de la política en su patria. Es conocida y fue universalmente admirada y aplaudida en nuestra América su relevante actuación durante el período de la intervención norteamericana en la República Dominicana, cuando se opuso al invasor con heroica dignidad. Su dulce lira ha sabido vibrar en ocasiones con acentos patrióticos y robustos:

Si los yanquis no se han ido
cuando me toque expirar,
Haced mi tumba en un monte
que ellos no puedan pisar,
y ponedme por mortaja
la bandera nacional.

Ay! quizás un fuerte puño
allí la vaya a buscar
para desplegarla al grito
de "Dios Patria y Libertad".

Yo no gozo ya de día,
mis goces de noche son.
Cuando sueño que en el puño
llevo un sable vengador. . .
Y al verme teñido en sangre
la Virgen me da una flor.

Espíritu de selección, en él se unen a la gentileza del cortesano, la ternura del amador y la espiritualidad del artista, la hidalguía del caballero, la varonía del soldado y la severa virtud del digno ciudadano.

En este libro, empero, va a hablarnos sólo el poeta del Amor. Escuchemos la voz del mago que sabe encerrar en la breve urna de una frase un misterio vital, y condensar en un ramo de flores el divino prodigio de la primavera.

Camila Henríquez Ureña.

Santiago de Cuba,
junio de 1934.



PRIMAVERA SENTIMENTAL

a **Enrique Henríquez**

MISTERIO

a José Santos Chocano

Flota su imagen pensativa y casta
en mis versos de amor,
como flota en los pétalos de un lirio
perfume embriagador.

Pero en mis ritmos no busquéis el nombre
de la que causa mi perpetuo afán,
que nunca en los alambres de mi lira
su nombre vibrará.

Sólo al morir revelaré el misterio
que guarda el corazón.
Sólo al morir. . . cuando en mis labios sea
su dulce nombre mi postrer canción!

EN EL ATRIO

a Rogelio Díaz Pardo

Deslumbradora de hermosura y gracia,
en el atrio del templo apareció,
y todos a su paso se inclinaron,
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas
volaron los elogios en redor:
un homenaje le rindieron todos,
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,
a su morada cada cual volvió,
e indiferentes viven y tranquilos
ay, todos menos yo!

ESQUIVA

a Rafael O. Galván

Nunca su mano se posó en mi mano,
nunca gocé su cándida sonrisa,
y el murmullo que debe ser su acento
ni una vez refrescó mi oculta herida.

Cuando el azar la pone en mi sendero,
ella me esquiva, casta y temblorosa,
y yo finjo no verla, en mi cuidado
de no causarle la menor congoja.

Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta
siento detrás de mí volar sus ojos,
cual dos abejas que su dulce carga
vinieran a dejar sobre mis hombros.

INMORTALIDAD

A la mansión oscura de la muerte,
llegaré antes que tú, quizá mañana;
y moriré sin que mi beso anide
en el fondo de tu alma.

Sin esa dicha moriré inconforme,
mas, no sin esperanzas,
que tú también a la mansión oscura,
pronto habrás de llegar, tal vez mañana

Entonces, despertando de mi sueño,
te acercaré a mi tumba solitaria.
Qué novia más gentil cuando te mire
de novia en tu mortaja!

Y entonces, cuántos besos en los ojos
que tuvieron tan pérfidas miradas!
Y cuántos en los labios embusteros!
Y cuántos en el alma!

QUIEN FUERA TU ESPEJO!

Cuán feliz es el sol! En las mañanas
por verte su carrera precipita,
a tus balcones llega, y en tu alcoba
penetra por la abierta celosía.

Al blando lecho en que reposas, sube,
a tu hermosura da calor y vida,
tórñase ritmo en tus azules venas,
y epigrama de luz en tus pupilas.

Mas, yo, no envidio al sol, sino al espejo
en donde ufana tu beldad se mira,
que te ama, alegre, cuando estás delante,
y al punto que te vas de ti se olvida.

FOR EVER.

a Juan T. Mejía y Porfirio Herrera

Cuando esta frágil copa de mi vida
que de amarguras rebosó el destino,
en la revuelta bacanal del mundo
rueda en pedazos, no lloréis, amigos. —

Haced en un rincón del cementerio,
sin cruz ni mármol, mi postrer asilo,
después, oh, mis alegres camaradas,
seguid vuestro camino.

Allí, solo, mi amada misteriosa,
bajo el sudario inmenso del olvido,
cuán corta encontraré la noche eterna
para soñar contigo!

ES EL AMOR QUE LLEGA

Ese rumor extraño
que en tu alcoba resuena,
y ora es arrullo de aves
que en la sombra se besan,

ora es canción dulcísima,
ora es risa, ora es queja,
y a veces te acongoja,
y otras veces te alegra. . .

Ese rumor que súbito
de noche te despierta,
con la nivea garganta
de suspiros repleta,
la impresión en los labios
de otros labios que queman,
y cercadas de sombras
tus pupilas inmensas. . .

Mientras corren tus lágrimas
por un ansia secreta
que tú misma no sabes
si es de gozo o tristeza:
Ay, si es dicha, qué amarga!
Ay, qué dulce si es pena! . . .
Ese rumor extraño
es el amor que llega!

PLENILUNIO

a Américo Lugo

Por la verde alameda, silenciosos,
íbamos ella y yo:
la luna tras los montes ascendía,
en la fronda cantaba el ruiseñor.

Y la dije. . . No sé lo que la dijo
mi temblorosa voz. . .
En el éter detúvose la luna,
interrumpió su canto el ruiseñor,
y la amada gentil, turbada y muda,
al cielo interrogó.

Sabéis de esas preguntas misteriosas
que una respuesta son? . . .
Guarda, oh luna, el secreto de mi alma!
Cállalo, ruiseñor!

ASTRONOMIA

a Francisco C. Bedriñana

Catorce sabios de la vieja Europa
estudian con afán,
desde la lente que a los ciclos mira,
un caso singular.

Son dos estrellas nuevas, tan brillantes
como iguales no viéronse jamás.
Su proyección? Ignota! Nadie supo
de dónde vienen ni hacia dónde van.

Con los últimos tintes de la tarde
en el espacio se las ve brotar,
y breve tiempo en el espacio radian
su intensa claridad.

Ese es el caso que catorce sabios
inquieren con espíritu tenaz,
desde la lente que a los cielos mira
con su ojo de cristal.

Oh, profesores de la vieja Europa,
cuánta pena me causa contemplar
vuestras blancas melenas agrupadas
sobre el largo instrumento con afán!

Mas, mi secreto descubrir no puedo,
y no sabréis jamás
de quién son las pupilas que en la noche
persigue vuestro lente de cristal.

ROSAS Y LIRIOS

Se habló de la hermosura de las flores
y fué, cual siempre, el opinar distinto:
los unos aclamaron a las rosas,
los otros a los lirios.

Yo pensé, oh mi adorada! en tus mejillas
que una risueña juventud colora:
pensé en los besos que les dí una tarde,
y dije: amo las rosas.

Mas, luego, recordé tu frente pálida;
tu frente que, más pura que el armiño,
anida mariposas, tus ensueños,
y estuve por los lirios.

RUMOR DE CADENAS

a Jacinto López

NO CUENTES A LAS FLORES

Los odios que de muerte me persiguen
y en la sombra sus dardos me disparan,
atónitos están, pues no se explican
la resistencia indómita del alma.

Oh, mi hermosa! no cuentes ni a las flores
nuestra pasión callada:
nadie sospeche la discreta sombra
que en la noche discurre por tu casa.

Y que sigan los odios ignorando
por qué mi joven alma,
de muerte herida al descender la noche,
se ostenta al nuevo sol alegre y sana.

LOS ODIOS

Han logrado por fin los negros odios
sorprender tu secreto, oh, mi adorada!
y por vencerme, en su prisión me arrojan,
la más infecta, lóbrega y aciaga!

Yo soy poeta delicado y triste,
la lóbreguez y la humedad me matan...
Qué alegres estarán los negros odios,
qué alegres con su hazaña!

En la silente noche, cual reptiles,
los escucho arrastrarse a mi ventana
para atisbar tras los barrotes férreos
la última escena del siniestro drama.

Y sorprendidos quédanse los odios
al ver, a la mañana,
más que nunca risueño mi semblante,
y mi sonrisa, más que nunca, plácida.

Lo sabes tú? . . . Para vencer las sombras
y la humedad de mi prisión insana,
digo tu nombre y se perfuma el aire,
tu faz evoco y aparece el alba!

SU ACENTO

a Elío Leiva

A veces a mi oído
su dulce acento llega,
cual ritmo luminoso
de un antiguo poema,
y entonces a la mente
acuden las leyendas
de los viejos castillos,
con sus torres y almenas,
sus puentes levadizos,
sus rudos centinelas,
y en la ojival ventana
la cuitada doncella
que confiaba a la noche
su amor y sus tristezas. . .

EN MI CELDA

No cuentes con tus ojos,
oh, niña! cuando duermas,
pues, apenas el sueño con sus alas
acaricia tu sien, ellos te dejan.

Y vienen a la celda oscura y triste,
donde a solas habito con mis penas,
iluminan el ámbito, y parecen,
allí, frente a mi lecho, dos estrellas
que radian en la noche tempestuosa
sobre la mar inmensa.

ALAS ROTAS

La cárcel?— Sí; muy triste,
como cualquier recinto
en donde tú, mi amada,
no estés siempre conmigo.

Que si a la oscura cárcel
vinieras?— Amor mío,
sólo el pensarlo cambia
mi celda en paraíso!

TRAS LAS REJAS

a las Sras. Dujarric Bobadilla

Princesitas del mágico Ensueño
que sentís mi prisión y desgracia,
y por verme a través de mis rejas
cada día bajáis al Ozama:
Es ya tarde: mi vista anhelosa
sin cesar por la orilla os buscaba,
y, al no hallaros, presagios muy tristes
inundaron mis ojos de lágrimas.
Dónde estabais, mis fieles amigas?
Qué dragón vuestros pasos guardaba?
Quién retuvo, ambicioso, hasta ahora
vuestra hermosa presencia adorada?
Algún noble y gentil caballero
hospedaje pidió en el alcázar?
A rendiros llevó sus trofeos
paladín de arrogantes hazañas?
De la Corte de Amor os trajeron
los heraldos feliz embajada,
y tres príncipes rubios y hermosos
la respuesta en su tienda aguardaban?
Con su canto os detuvo algún hardo
trovador de la dulce Germania?

O bien, fuistéis la presa risueña
de Lohengrin en su góndola de alas,
y fué escolta del cándido cisne
el errante holandés del Fantasma?
Al saber de botín tan precioso
armó en guerra sus navas piratas
el soberbio Sultán de Turquía,
y hubo fiero combate en el agua,
y su flota, hasta ayer invencible,
a Estambul regresó destrozada?

Oh, decidme, mis fieles amigas,
si no fueron aquejas las causas,
cuáles otras lograron teneros
de mi vista hasta ahora alejadas?

Ya la noche sus sombras esparce
y vosotras volvéis al alcázar.
Princesitas, adiós! y acordaos
que os espera, impaciente, mañana,
en su torre sombría, el cautivo
de quien sois la riente alborada.

TRISTEZAS DE UN AMANECER

a Dulce M^o Borrero

TU NOMBRE

Oh, tú, cuyo nombre dulce
guardo oculto, por temor
de que en mis labios resuene
como una profanación!

Bien sabes que si ese nombre
nunca digo en alta voz,
mil veces mil, lo repito
en mi callada oración,

Cuando, a solas, me prosterno
ante aquél que floreció
de estrellas la noche umbría,
y puso en mi alma tu amor.

HEBE

a Diego de Pereda

Sé que esta copa de cristal brillante,
brillante cual los ojos del chacal,
guarda un filtro que mata lentamente,
como mata el pesar.

Pero lo escancia tan querida mano,
mano de tal perfume y gracia tal,
que de mis labios la brillante copa
nunca podré apartar.

Y cuando el ángel de la muerte venga,
venga mi frente pálida a besar,
y en mil pedazos por el suelo rueda
mi copa de cristal.

Quién pudiera otra vida más hermosa,
hermosa cual mi muerte, comenzar,
y sonriendo a la dulce victimaria
beber de nuevo el tósigo mortal!

FLOR DE INSOMNIO

Oh, mi amada querida y eterna!
La novia del alma!
Qué has escrito en tu carta postrera?
Qué dice tu carta,
tan dulce y acerba,
tan tierna y amarga,
tan amarga, tan dulce, tan tierna,
que ha velado mis ojos de lágrimas?

Y es lo horrible que en ella me dices
una nueva tan honda y aciaga,
y me deja tan triste, tan triste,
que quisiera, inclinado en sus páginas,
por siempre dormirme.

Dormirme en el ala
de esta noche en que alevé escribiste
tu pérfida carta. . .

Dormirme. . . Dormirme. . .
Y dejarte en mis versos el alma,
cual soldado a la muerte le rinde
con su vida azarosa sus armas.

Por siempre dormirme!
Dormirme en el ala,
tan dulce y tan triste
de esta noche tan bella y tan pálida.

Y un sudario feliz que me hicieran
con esta tu carta,
juntando sus letras,
uniendo palabras,
palabras muy tiernas. . .
Palabras! Palabras!

Un sudario con tantas ideas
como tiene tu pérfida carta.

que parecen muy dulces, muy buenas,

y son tan amargas!

Y son tan perversas!

Y son tan aciagas!

Oh, mi amada querida y eterna,

la novia del alma!

Para siempre dormirme quisiera,

dormirme en el ala

tan dulce y tan tierna

de esta noche tan bella y tan pálida.

SAETA

a Gerardo González

Hendió los aires la mortal saeta

y clavóse en mitad del corazón,

tan hondamente que al volar el alma,

voló partida en dos.

NOCHE DE FIESTA

a Valentin Giró

En la alta noche. En el suntuoso baile

el cetro de la gracia y la belleza

luce, entre cien rivales envidiosas,

la amada preferida del poeta.

En su redor la turba de galanes

gozosa gira y sin cesar la asedia;

elogian unos su gentil donaire,

alaban otros su hermosura espléndida.

Ufanos por servirla y presurosos

la abruman con obsequios y finezas;

éste, el champagne incitador le brinda,

aqué! le ofrece perfumado menta.

Y mientras clava el áspid de los celos

su diente en las entrañas del poeta,

que en un rincón de la esplendente sala,

pálido, atisba la galante escena,

Ella, que tiene el arte no aprendido
de fingir amorosas preferencias,
se excede en la sonrisa con que halaga,
se extrema en la mirada con que besa.

Sus besos, sus miradas, sus sonrisas. . .
Quién diluirlos en licor pudiera,
y hacer un tósigo incitante y grato
como champagne o perfumado menta!

Y allí mismo, ese néctar delicioso,
síntesis de caricias que envenenan,
ofrecerlo con plácida sonrisa
a la reina triunfante de la fiesta.

Y en medio a sus rivales envidiosas,
en medio a los galanes que la asedian,
verla caer, desencajado el rostro,
y entre espantosas convulsiones, muerta!

IMPOSIBLES

a José F. Nodares

Para grabar mi nombre en una roca,
dame tu rayo, dije al huracán.
—Esa roca es el pecho de tu amada,
penetrarle mi dardo no podrá.

Para romper las sombras de un abismo,
al sol le dije, dame tu fulgor.
—Ese abismo es el alma de tu amada,
mi luz no puede tanto, dijo el sol.

Para abrasar un corazón de hielo,
dame el infierno, a Satanás clamé.
—Tu amada? Vano intento en que otras veces
ya hube de fracasar, dijo Luzbel.

AMARGURA

a Pastor del Rio

Ensancha el sol sobre la enhiesta cumbre
su disco fulgurante,
y finge el rojo de su roja lumbre
la gigante pupila de un gigante.

Esquiva la violencia de sus dardos
la vaporosa niebla,
puéblase el aire con olor de nardos
y con arpegios de turpial se puebla.

Quién sus hondas tristezas arrancara
del corazón en tan hermoso día,
y al sol las arrojara
para apagar su impúdica alegría!

ASTRO MUERTO

a Samuel Caldevilla

La luna, anoche, como en otro tiempo,
con una nueva amada me encontró:
también anoche, como en otro tiempo,
cantaba el ruiseñor.

Si como en otro tiempo, hasta la luna
hablábame de amor,
por qué la luna, anoche, no alumbraba
dentro del corazón?

NOCTURNO

a Arturo Alfonso Roselló

Al llegar a su alcoba,
glacial y solitaria,
la engañosa carreta
a pedazos arranca,
y queda al descubierto
aquella faz tan pálida
que entre los muertos mismos
honda impresión causara.

Vibra al principio trémula
en sus manos el arpa,
con un preludio lento
de notas apagadas;
después, surge el motivo,
y es su armonía extraña
inaudito concierto
de risas y de lágrimas.

Elévanse en tumulto
aquellas notas raras,
que las nocturnas aves
escuchan espantadas.
Y crecen, siempre crecen;
hasta que al fin, el arpa,
prorrumpiendo en un grito
de odio y amor, estalla!

BALADA FUNEBRE

a Osvaldo Basil

A veces, al tocarme
con las manos el pecho,
mudo de espanto escucho
un ruido sordo y lento,
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas,
sobre un antiguo féretro.

Entonces, por mis ojos
que el llanto dejó secos,
como visión fantástica
pasa, triste, el recuerdo
de aquel amor tan puro
que iluminó mi pecho,
dejándolo más tarde
oscuro como un féretro.

También ante mis ojos,
ansiosamente abiertos,
de otra visión fantástica
pasa el tenaz recuerdo. . .
Y pienso que ella vive,
que goza y triunfa pienso,
mientras callado oprimo
con mis manos un féretro.

Y digo: si es la miama
que iluminó mi pecho,
por qué si alienta y goza,
bajo mis manos siento
como el rumor sombrío
que produjera un cuervo
al agitar sus alas
sobre un antiguo féretro?

Y busco, y analizo,
y con espanto advierto,
que si en verdad existe
la que abrasó mi pecho,
algo que en mí vivía
quedó por siempre muerto,
y aquí en mi pecho yace,
cadáver en su féretro.

LA NIÑA DE MI AMOR

al Dr. Ricardo Núñez Portuondo

LA NIÑA QUE AMO

a Mariblanca Sabas Alomá

La niña que amo tiene
tres cosas blancas:
el seno en flor, las manos
y la garganta.

Y otras tres cosas tiene
de un rosa nácar:
la oreja, las mejillas,
la fina barba.

Y tres cosas muy negras
tiene la amada:
el cabello, los ojos
y las entrañas.

CAMINITO DE LA PLAYA

a Ramon E. Jiménez

Caminito de la playa
a oscuras la amada va,
y cual ávidos lebreles
saltan mis celos detrás
husmeando los guijarros
que ella perfuma al pisar.

Y así que llegó a la playa,
fué este dulce platicar:
—Oh, lucerillo del alba,
tan temprano por acá?
—Vine a formar una gruta
donde te puedes bañar
libre de traidora sombra
que esconda un mirar audaz. . .
Y la gruta fué de estrellas
del más vivo titilar.

Oh, hipócrita lucerillo!
Oh, lucerillo mendaz!
Para qué inventar patrañas
y no decir la verdad?
Que a Venus radiante y pura
de nuevo ansías mirar,
llevando por todo velo
la tenue espuma del mar.

Uno a uno, de sus linos
descíñese la beldad,
que resbalan lentamente
sin quererla abandonar. . .

Como a un jirón de cielo
se aferra nube tenaz,
así en la gloria del vientre
préndese el postrer cendal,
soñando entre antojos púdicos
guardar para sí quizás
la flor más pura y más bella
del más precioso rosal. . .
Hasta que en tierra lo arroja
un impaciente ademán.

Desnuda! Bien lo proclama
la expectación general,
que ha convertido el silencio
en clamor de su ansiedad,
y bien lo dicen mis celos
en su ansia de echar atrás
el ímpetu de las olas
que van su cuerpo a bañar.

Un monte la frente inclina,
sus lirios florece el mar,
se hace de seda la roca,
el ambiente es un rosal,

y abanico que la adula,
la ancha penca del palmar.

Su planta mueve, y la estela
deja de un rastro fugaz. . .
Creyendo que el alba asoma,
rompe una alondra a cantar,
y se oye un tropel de estrellas
queriendo todas mirar
aquella hermana desnuda
que entrando en la onda va.

ELLA ES UNA LIRA

a Mario Lazzcano Abella

Su hermosura vibrante
sugiere el pensamiento
de una lira que tiene
por cuerda sus cabellos.

Oh, lira, dulce lira,
magnífico instrumento
de goces y tristezas,
de risas y lamentos,
y locas esperanzas
e insaciables anhelos:
fuente de la alegría,
raudal de los tormentos,
lago de ritmos donde
boga y boga el Ensueño,
sobre lirios de espuma
y entre arrecifes pérfidos!
Bosque de las traiciones
envueltas en misterio;
panal de la encrespada
colmena del deseo;
cubil de tentaciones;
dulce jardín del beso!

Oh, lira, dulce lira,
magnífico instrumento,
recátate en la sombra,
envuélvete en silencio.
guarda tus sonos de oro,
calla tu amante acento. . .
Que la ambición odiosa
de artistas callejeros
no profane con su hálito,
no manche con sus dedos,
las cuerdas misteriosas
que ha de pulsar un genio.

RIMA PROFANA

a María Luisa Valentino

La blanca niña que adoro
lleva al templo su oración,
y, como un piano sonoro,
suena el piso bajo el oro
de su empinado tacón.

Sugestiva y elegante
toca apenas con su guante,
el agua de bautizar,
y queda el agua fragante
con fragancia de azahar.

Luego, ante el ara se inclina,
donde un Cristo de marfil
que el fondo oscuro ilumina,
muestra la gracia divina
de su divino perfil.

Mirándola, así, de hinojos,
siento invencibles antojos
de interrumpir su oración,
y darle un beso en los ojos
que estalle en su corazón.

EL BALCON DE LA AMADA a Antonio Pérez Infante

La ancha bóveda celeste
se ha llenado de luceros,
que bañan con lumbre tierna
el balconcito coqueto
tras el cual mi dulce amada
duerme un amoroso sueño. . .
Y es así, entre luz y sombras,
su casa un diamante negro.

Súbito, suena un cerrojo,
abre el balcón sus maderos,
y surge la dulce amada
como visión del Ensueño. . .
Se hace una fuga de sombras,
y un eclipse de luceros. . .
Ahora, es el balcón que inunda
de luz la comba del ciclo.

LA CANCION DE LOS BESOS a Rafael Esténger

Cerrada la breve estancia
a toda impía irrupción,
en mis brazos yo tenía
a la niña de mi amor.

Su frente bajo mis labios,
queda, muy queda la voz,
un poema le decía,
que era, al par, una canción.

Y ella, poniendo en mi boca
de su mano el tibio olor,
para llegar a mi oído
entre mis brazos se alzó.

Y dijo—cual nunca linda
en la grana del rubor:
—Como tus besos, oh, amado!
no hay poema, ni hay canción.

Cual tiembla bajo la lluvia
jardín que incendiara el sol,
así, el cuerpo de la amada
bajo mis labios vibró.

Y más de cien besos tuvo
el jardín en cada flor. . .
Que yo no daba sosiego
a mi ardorosa pasión.

Mientras mi niña decía,
siempre con trémula voz:
—Como tus besos, oh, amado!
no hay poema, ni hay canción.

QUE LINDA ESTABA

a Esteban Foncuera

Qué linda estaba ayer tarde
la niña a quien tanto quiero,
con su frente entristecida
por un oculto recelo. . .
Tal, a veces, blanco lirio -
guarda un áspid en su seno.

Oh, qué linda con sus ojos
que eran dos diamantes negros,
y en su fulgor escondido
el mismo tenaz tormento,
asechándome en la sombra
de su doliente misterio.

Y qué linda con sus labios
apretados, como un sello

de rojo lacre en custodia
del indómito secreto,
que pugnaba por salirse
y ellos guardaban opreso.

Hasta que, al fin, hostigado
por el ardor de mis besos,
su cárcel rompió en los labios
aquel pertinaz recelo,
para deshacerse en lágrimas
y sollozos y lamentos. . .

Ya vencida, y toda trémula
la niña a quien tanto quiero,
vino a caer en mis brazos,
como un radiante lucero
que en el alma me cayera. . .
Y el alma se me hizo un cielo!

SU ORACION

a Andrés Piedra-Buono

Ayer la niña a quien amo
se me volvió una canción;
una canción olorosa
a incienso de altar y a flor. . .
Yo la traía en el pecho
cuando la noche llegó;
todos notaban mi gozo;
tal vez oían mi canción,
mas, nadie vió que en el seno,
como un rayito de sol
bien oculto, yo traía
a la niña de mi amor.

Y así que estuve en mi cuarto,
sin más luz que mi canción,
mi cuarto quedó alumbrado

con el tierno resplendor
que ella lucía, al confiarme
la gracia de una oración
por sus labios deshojada
ante el altar del Señor:
—Hazme muy buena, Dios mío.
Para merecer su amor.

Y al recordar sus palabras
convertidas en canción,
—una canción olorosa
a incienso de altar y a flor—
también yo, con alma tierna,
me prosterné ante el Señor,
y a sus pies dije mi anhelo
en esta dulce oración:
—Guarda, Dios mío, en tu cuidado
a la niña de mi amor!

TARDECITA DE ENERO

a Néstor Carbonell

Fué en una alcoba callada
y en una tarde de enero,
cuando echándose en mis brazos
clamó la niña a quien quiero!
—Bésame mucho, mi amado,
que hoy tengo al diablo en el cuerpo! . . .
Prendí mi boca en su boca
y su aliento fué mi aliento.

—Oh! amado, mi dulce amado,
pon más ardor en tus besos,
y así tus besos ahuyenten
al diablo que está en mi cuerpo. . .
Rasgó mi mano un encaje,
saltó fuera el blanco seno,

y ávido apresé en su nieve
un rojo botón de fuego.

— Besa más, más todavía! . . .
volvió a decirme su acento:
haz que tus labios recorran
todo el jardín de mi cuerpo,
hasta hallar aquella flor
donde el diablo está en asecho!
Y fué el cáliz de una rosa
prisión estrecha a mis besos. . .

Malhaya de mí, que quise
con sólo mis dulces besos
disputarle al mismo diablo
la posesión de aquel cuerpo,
cuyo sabor pimentoso
y su aroma turbulento
bien a las claras decíanme
que era un manjar del infierno.

Anoche volví a su alcoba
a darle otra vez mis besos:
toqué su puerta cerrada,
hallé corrido los hierros,
y dos sarcásticas risas
a mis ansias respondieron:
una era del diablo. . . La otra,
de la niña a quien más quiero.

LA NIÑA QUE YO QUERÍA

a Manuel Muñoz

La niña a quien yo quería
como no se quiere más:
aquella que yo llamaba
en mi ardiente y loco afán
la estrellita de los cielos,

la espumita de la mar.
Ha ido ya se fué de mi lado
para no volver jamás.

Se fué con otro que nunca,
ay! nunca será mi igual,
ni por la gracia del verso,
ni en lo tierno del amar. . .
Se fué con otro, y la ingrata
ni una vez pensó quizá
cuán triste quedaba todo
lo que ella dejaba atrás:

La alcoba que echa de menos
su fragancia de azahar,
el tocador que hoy se mira
huérfano de su beldad,
y el lecho en que se juntaban
nuestros dos cuerpos, y, al par,
mi alma tan ingenua y límpida
con la suya tan falaz!

Oh, mi Dios, tú que conoces
cuánto yo la supe amar,
y cómo por su partida
en dolor el pecho está,
oye mi justo reclamo:
si un día a la ingrata. . . Mas,
no! . . . Nunca en su dulce frente
impongas mi horrible mal.

OH MANO! SEMEJANTE A BLANCA FLOR

a Pedro C. Domínguez

La añosa encina, cuya verde fronda
era como un hierático pendón
de fúlgida esmeralda
enarbolado al sol.

Aquella en cuya rama más erguida
su hogar feliz un pájaro colgó,
y allí, mañana y noche
alzaba su canción.

Aquella que ostentaba en su corteza,
hondamente grabado, un corazón;
y una frase también. . . Oh! de esas frases
sin importancia, al uso del amor.

Yace por tierra! Y el risueño nido,
y el verde lujo desplegado al sol,
y la alta copa erguida hasta las nubes,
viles despojos por el suelo son.

Que en el silencio de la oscura noche
inicia mano sin piedad la hirió,
para borrar, tal vez, la frase amante
convertida, ay! en dato acusador.

*

Yo sé también de otra falaz promesa
incrustada en un noble corazón,
y de una mano que arrancarla quiso
y sin piedad la entraña destrozó.

Cómo pudiste tanto mal causarme,
oh, mano, semejante a blanca flor?
Oh, manos, que en los labios tantas veces
su suavidad dejáronme y su olor!

NUNCA MAS

a José Angel Buesa

Su cuerpo, que otro ha besado
tras mí. . . volverlo a besar
con aquellos besos locos
que inventó mi amante afán,
y al par de ardientes caricias,

eran ritmos de un cantar
que mis labios entonaban
a su gracia y su beldad,
como estrellita del ciclo,
como espumita del mar. . .
Oh, mis besos en su cuerpo
ya nunca más, nunca más!

Y nunca más en sus ojos
mis labios se posarán;
sus ojos tan dulces que eran
como un límpido cristal,
en cuyo fondo asomábanse
mi amor y mi dicha al par,
y donde ahora otra imagen
y otra dicha se verán. . .
Oh, besar sus dulces ojos
ya nunca más, nunca más!

Y ya nunca más mis besos
en su frente anidarán,
su frente que yo tenía
por un breve madrigal,
que mis labios repasaban
con amorosa ansiedad
para encontrar los motivos
de su tristeza y su afán. . .
Oh, mis besos en su frente,
ya nunca más, nunca más!

Y ya nunca más, tampoco,
ay, nunca más, nunca más!
habré de besar su boca,
tan voluptuosa, y al par
tan triste, que era su aliento
como oración matinal

saturada del extraño
aroma de ~~una~~ flor sensual...
Oh, besar su ardiente boca
ya nunca más, nunca más!

LA GARRA DE UN CHACAL

Oh, niña, quién tuviera
tu duro corazón;
y en la sutil manera
de Benvenuto hiciera,
con íntima fruición,
un símbolo que fuera
tu propio corazón!

Mi mano, noche y día
en su obra pasional,
febril trabajaría:
Un dardo? Una gumía?
Artístico cristal
en que un Borgia pondría
su tósigo infernal?...

No; que mejor sería
la garra de un chacal!

MI RISA

a José Antonio Alonso

En nuestras horas risueñas
de caricia y de pasión,
solía ella preguntarme:
— Por qué en tu risa hay dolor?
Y con besos que borraban
el enojo de su voz.
— No bagas caso, le decía,
así siempre fué mi amor.

Ayer con un nuevo amante
la hallé en amigo salón,
y al notarme alegre el labio
airada me preguntó:
—Por qué te ríes, mal hombre,
con tan cínica expresión?
—Oh, no haga caso, señora,
fue siempre así mi dolor!

LA FLAUTA DE PAN

al Dr. Antonio S. de Bustamante

CARNET DE CARNAVAL

Tras la fina careta de raso
encubierto el perfil seductor,
a mí llegas con rítmico paso
hilvanando una intriga de amor.

Oh! no importa que veles la cara,
pues denuncian tu estirpe ancestral,
el altivo ademán y la rara
distinción de tu porte ducal.

Fue ilusión por demás candorosa
que un disfraz te pudiera esconder:
si entre sombras se oculta una rosa,
su perfume la da a conocer.

Y es inútil que el labio de fresa
disimule un precioso mohín;
yo adivino ese gesto en que presa
sufrió un alma desdenes sin fin.

Y conozco, también, bajo el guante,
tu alba mano, que es lírica flor
donde anula su luz un brillante
y marchita un rubí su esplendor.

Oh, la hermosa de pálida frente,
princesita gentil de Estambul,
que el Ensueño nos trajo de Oriente
en su góndola de oro y azul!

En mis noches de fiebre te veo
asomada al oscuro balcón
donde prende su escala Romeo,
y una alondra te da su canción.

MARMOREA

Ah! Conque sois de mármol, vos, señora,
que exhaláis de la undosa cabellera
ese extraño perfume, que en la sangre
se infiltra y que de amores la envenena?

De mármol, vos, que entre los negros ojos,
ruborosa, ocultáis el dulce idilio
con que arrullan las nuevas esperanzas
vuestra callada historia de martirios?

De mármol, vos, cuyo adorable acento
es tierna nota de canción alada,
que en busca de una nota compañera
por el espacio entristecida vaga?

De mármol, vos, cuyo perfil romántico
fuera en un lienzo artístico prodigio,
y la sonrisa de la ardiente boca
un rasgo de la flecha de Cupido?

De mármol, quien oculta en el misterio
de tenue gasa y transparente blonda,
un nido perfumado, donde, inquietas,
se refugian temblando dos palomas?

Mas, si a pesar de todo sois mentira,
y vuestra carne y juventud son formas
para encubrir un corazón de mármol,
que un rayo os parta el corazón, señora!

CHAMPAGNE

a Victor Alonso de Armas

Antiguos compañeros de bohemia
el encuentro quisimos celebrar,
y del brazo los tres, como en un tiempo,
conquistamos el viejo restaurant.

Saltaron bulliciosos los recuerdos
del fondo de las copas sin llenar,
y antes que de lo añejo nos sirvieran
contó una historia añeja cada cual.

Al fin llegó, calada la visera,
heraldo de alegrías, el champán,
y Luis, violento, de un mandoble rudo
el bruñido casquete hizo saltar.

Cual rubia cabellera de una hermosa
que la impaciencia del amante audaz
esparce por el hombro, así en el mármol,
el áureo vino se esparció al brotar.

Carlos brindó: "Su cutis es de bronce,
no importa; yo comparo a mi beldad
con esta rubia que en las copas ríe,
ambas, fieles, disipan mi pesar.

—Yo también—dijo Luis,—busco en el néctar
que guarda este cristal de baccarat,
el sabor incitante que me ofrece
mi adorada en sus labios de coral.

Y como yo callara me dijeron:
—No tienes una hermosa que elogiar?
—Oh, sí, tengo una amada que en sus crenchas
derrocha todo un sol primaveral.

Cuando en desorden ruedan sus cabellos
por sus hombros de forma escultural,
ánfora de alabastro se diría
que desparrama un chorro de champán.

Mas, ay! que eso tan sólo, por desgracia,
es la que adora el corazón tenaz:
mármol como éste que el champán inunda,
inerte mármol níveo, y nada más.

YO SERE DE TU SEQUITO

 Mi bondad, mi piedad, mi mansedumbre,
 cándidas flores que en mi fe de niño
 logró una dulce madre cultivar:
 a qué vivís en mi alma todavía,
 si Eros, más fuerte que Jesús, me impuso
 mi renuncia a la gracia celestial? . . .

 Yo seré de tu séquito, oh, hermosa!
 por quien todas las puertas del infierno
 con un clamor de triunfo se abrirán,
 para que pase toda
 tu espléndida hermosura
 y toda tu febril jovialidad.

 Las tenebrosas aguas del Estigia,
 que ayes tan sólo y maldiciones ruedan,
 para verte su curso detendrán;
 y la grito infernal de los blasfemos,
 a tu sola presencia, en dulce coro
 de alabanza y amor se trocará.

 La torva faz del ávido Caronte,
 que nunca supo de piedad ni júbilo,
 su prístina sonrisa ensayará,
 mientras en su rudo corazón despunta,
 a los impulsos de emoción extraña,
 la silenciosa flor de un ideal. . .

 Y vendrá a ti el terrible Cancerbero,
 te saltará a las faldas, tu alba mano
 querrá lamer con pródiga humildad,
 se hará querrela su feroz aullido,
 y sus pupilas que inyectó la rabia
 con lágrimas de amor se empañarán.

Al penetrar en la mansión maldita,
qué espanto en las tinieblas! Tus cabellos
como fragante antorcha irradiarán,
con su esplendor se incendiarán las sombras
e inundada de luz la Selva Oscura,
será la inmensa hoguera de un rosal.

Arrastrando su orgullo como un manto
de púrpura, gallardo más que nunca,
saldrá a tu encuentro el Príncipe del Mal,
y el gran soberbio que arrojó las iras
del Señor, humillándose a tus plantas,
como una vil alhombra por el suelo
su magnífico orgullo arrojará,
para que pase toda
tu espléndida hermosura,
y toda tu febril jovialidad.

SEDUCCION

Esas rocas que altivas se levantan,
oh, mi hermosa! a orillas de la mar,
sirenas fueron que en lejano día
con sus cantos de dulce melodía
hechizaban las naves al pasar.

Tenían, como tú, la faz hermosa,
como tú, de granito el corazón,
de espuma endurecida el albo seno,
que al rítmico vaivén de un mar sereno
ostentaba dos rosas en botón.

Para atraer al infelice nauta,
unían en dulcísimo cantar,
al blando arrullo de sus arpas de oro,
la tierna nota del amante lloro
y el ritmo de unos labios al besar.

Desnudas y radiantes se ofrecían...
Cómo esquivar la ardiente tentación?...
El que una vez, incauto, las miraba,
tras ellas a las ondas se lanzaba,
la muerte hallando en permio a su pasión.

Indignados los dioses, decidieron
en rocas las sirenas convertir,
y sus formas perdieron; mas el canto
aún sigue siendo peligroso encanto
que logra a los viajeros seducir.

De ellas son esas tiernas vibraciones
que vagan en la brisa de la mar,
armonía lejana que semeja
los arpegios de un arpa que se queja
o la canción de un cisne al expirar.

Mas, qué sirena tus hechizos tuvo?
Cuál tuvo tu invencible seducción?
Así, por qué luchar con lo imposible,
si es sino aciago o ansia irresistible
estrellarme en tu duro corazón?

GOLGOTA ROSA

a Carlos M. Era

Del cuello de la amada pende un Cristo,
joyel en oro de un buril genial,
y parece este Cristo en su agonía
dichoso de la vida al expirar.

Tienen sus dulces ojos moribundos
tal expresión de goce mundanal,
que a veces pienso si el genial artista
dióle a su Cristo el alma de don Juan.

Hay en la frente inclinación equívoca,
curiosidad astuta en el mirar.

y la intención del labio, si es de angustia,
al mismo tiempo es contracción sensual.

Oh, pequeño Jesús Crucificado,
déjame a mí morir en tu lugar,
sobre la tentación de ese Calvario
hecho en las dos colinas de un rosal.

Dame tu puesto, o teme que mi mano,
con impulso de arranque pasional,
la faz te vuelva contra el cielo y cambie
la oblicua dirección de tu mirar.

ERA UNA TARDE

Oh, mi amada! Te acuerdas? Esa tarde
tenía el cielo una sonrisa azul,
vestía de esmeralda la campiña
y más linda que el sol estabas tú.

Llegamos a las márgenes de un lago.
Eran sus aguas transparente azul!
En el lago una barca se mecía,
blanca, ligera y grácil como tú.

Entramos en la barca, abandonándonos,
sin vela y remo, a la corriente azul;
fugaces deslizaronse las horas;
no las vimos pasar ni yo ni tú.

Tendió la noche su cendal de sombras;
no tuvo el cielo una estrellita azul. . .
Nadie sabrá lo que te dije entonces,
ni lo que entonces silenciaste tú. . .

Y al vernos regresar, Sirio en oriente
rasgó una nube con su antorcha azul. . .
Yo era feliz y saludé una alondra.
Tú. . . qué pálida y triste estabas tú!

Leve olor de un lis de Francia
se insinúa por la estancia
donde se viste mi amor:
ese olor es la fragancia
de su ingénita elegancia,
su propio aroma de flor.

Copia en mitad de la alcoba
un tocador de caoba
su blancura de jazmín,
mientras blanda piel de loba
en el deleite se arroba
de besar su pie gentil.

No hay oro de enredadera
igual a su cabellera!
Cuando la asoma al balcón
despeinada, se dijera:
La más altiva bandera
en un reto contra el sol!

Y tal profusión de rosas
guarda en su cuerpo mi hermosa,
que su cuerpo es un jardín
de las rosas más pomposas
y raras y misteriosas
que trajo en su cesto Abril.

Altar de impolutos lirios
es su frente; cual dos cirios
arde en sus ojos la luz
que me exalta hasta el delirio
de arrostrar cualquier martirio
sobre sus brazos en cruz.

FUE UN BESO

Fué en sueños que una vez tus níveos brazos
enlazaron mi cuello,
y que en mi boca tu rosada boca
dejó el más dulce beso.

Ay! fué un beso no más y un solo abrazo.
y todo un breve sueño:
sueño que tuve cuando tú eras núbil,
y yo bravo mancebo.

Después, mil y mil bellas me besaron;
mas, palpitante y fresco
y único, en mis labios sólo vive
aquel soñado beso.

TRAS LA SUTIL EMBOSCADA

a E. Fernández Arce

Anoche, en el espléndido
salón de locas danzas,
ella, cual una reina,
sus caprichos dictaba
entre alevés sonrisas
y engañosas miradas.

Y el frágil abanico
que en sus manos volaba,
encubriéndole a veces
la risa, semejaba
cándida ala de un pájaro
que al borde se posara
de la más fina y pérfida
y sutil emboscada.

De improviso resuena
un prelude de danza;
en redor de la hermosa

hay tropel de casacas:
cien rivales a un tiempo
disputánse llevarla
en voluptuoso giro
a través de la sala.
Chispean las pupilas
como un choque de espadas
ansiosas de dar muerte.
Con intención dañada,
finge ella que vacila
entre la cortesana
turba que la rodea:
pónese en pie, y su gracia
es turbador perfume
que el salón embalsama,
de la más bella y fina
flor de las elegancias.
Como en lance de vida,
la ansiedad se retrata
en los viriles rostros:
Quién logrará la palma? . . .

Ella la faz esconde
breve instante en el ala
de su abanico, y suena,
como un clarín pirata
que de todos se burla,
su alegre carcajada. . .
Después, indiferente,
su mano aristocrática
a uno cualquiera fía
y hacia el salón se lanza.

Abandonado yace
su abanico de nácar,

que fuera. enantes, leve
y fina ala posada
sobre la más graciosa
y pérfida emboscada,
y tras del cual, vibrante,
como un clarín pirata,
resonó de la hermosa
la alegre carcajada. . .
De él me apodero ansioso
y con presteza y maña
ocúltolo en el pecho.
El corazón me salta
cual águila que quiere
romper su estrecha jaula.
A un rincón solitario
me acojo de la estancia.
Calladamente saco
la prenda codiciada.
La abro con el respeto
de las cosas sagradas. . .
Dios mío, el abanico,
está empapado en lágrimas!

EL JARDIN DE CAROLA

Es su espíritu lámpara encendida
en el callado altar del sacrificio,
y son dos piedras de ese altar propicio
el duro seno en que su fe se anida.

Ni una vez su pupila enlutecida
el vértigo sintió del precipicio,
ni pudo despertarle un solo indicio
el pecado al rozarla por la vida.

Si pesada es su cruz nadie lo advierte:
de tal modo es alígera su planta,
y, como alondra, cuando sufre canta.

Breve igual a una flor, será su suerte. . .
Y cuando muera, un suave olor de santa
perfumará los labios de la muerte.

EVOCACION ROMANTICA

Qué tiempo aquel, señora,
cuya ausencia deplora,
e inútilmente llora,
sin ninguna esperanza, el corazón!

Os acordáis, marquesa,
cuando en cierta ocasión
vuestro labio de fresa
a la más arrogante archiduquesa
impuso su mohín encantador? . . .

Roja de odios, clamó ella:—Qué osadía!
Vos pensasteis:—Magnífica ocasión!
No por galante la tenaz porfía
fué menos sanguinaria y sin perdón;

Con cuánta bizarría,
con qué arte y gallardía
vuestra fina ironía
paraba un golpe y presto daba dos!

Y después, con qué gracia
mortal, oh, flor sutil de aristocracia,
compadecer supísteis la desgracia
de la altiva rival y su dolor!

En tanto, arrebatábais a su corte
—para ensanchar el lírico esplendor
de la gentil cohorte
esclava a vuestro amor—
dos boquirrubios Príncipes del Norte
y un incógnito Infante de Aragón.

Era yo entonces un válido paje
del duque vuestro padre y mi señor;
y tenía por gaje
la simbría sostener de vuestro traje
si bajábais al templo en oración.

Al penetrar la gótica capilla,
con cuánta devoción
doblábamos, humildes, la rodilla:
vos, ante la Madona de la Silla,
yo, Marquesa, ante vos!

Temeroso de herir vuestro alto orgullo
así fué en sus comienzos mi pasión:
ruego que no alcanzaba a ser murmullo,
o dulcísimo arrullo
que se trocaba en férvida oración.

Mas, el mundo, en seguida,
os arrancaba a mi éxtasis de amor:

y en carrera sin brida,
allá íbais por la Vida,
arista que arrebató el aquilón.

No por ser impoluta cual la nieve,
y como el céfiro, fugaz y leve,
do quiera se posó,
dejó, Marquesa, vuestra planta breve
más ligera impresión.

Y al memorar ahora
con alma soñadora
tanta gentil comedia encantadora
de frívolo capricho o de pasión,
no os asaltó, de súbito, señora,
la visión turbadora
de una olvidada escena de pavor? . .

Os acordáis? . . y ante la imagen de esa
pálida noche, atroz,
no sois la fácil presa
de un pánico temblor? . .
Decís que no? . . Juro en verdad, Marquesa,
que tenéis arrogante el corazón!

Os acordáis? Temblaba, suspendida,
mi escala del idílico balcón,
cuando al pie de la escala, un fratricida
entrechocar de aceros resonó;
se escucha un "ay!" de voz desfallecida,
y un último estertor! . .

Entonces, del corpiño os arrancásteis
dos rosas en botón,
que a las tinieblas, pálida, lanzásteis. . .
Al que moría? . . Acaso al vencedor? . .

Y UNA VOZ DIRA TU NOMBRE

Yo quisiera formar las nuevas letras
de una nueva palabra:
palabra sin sentido a quien la oyera,
si quien la oyera no eres tú, mi amada:
mas, tan dulce a tu oído, que en tu oído
fuera oración cristiana.

Y hacer de esa palabra un solo nombre,
único nombre de expresión tan rara,
que sólo tú pudieras entenderla,
y sólo tú lograras escucharla.

Y cuando con amigas, por el bosque,
una fresca mañana,
o en clara noche de jardín, oyeras
tenue voz que ese nombre pronunciara,
qué pronta y cándida emoción la tuya!
Tus jóvenes amigas, asustadas
al verte así, preguntarán:—¿Qué tienes?
Por qué te has puesto pálida?
Y tú, tranquila ya, contestarías
con suma sencillez:—No tengo nada.

AVE REINA

Te encuentro al fin, oh, tú, ideal radiante
de mis vagos ensueños de poeta!
Ven, surge a mis amores! Cuántos años
que mi impaciente corazón te espera!

Eres la misma; el encorvado tiempo
por ti pasaba sin marcar su huella;
un invierno a otro invierno sucedía
sin tocar tu florida primavera.

Mi corazón en tanto te buscaba,
y en el ardiente afán de tu belleza,
por otra vida suspiraba ansioso,
creyéndote, ay! en otra edad ya muerta.

Por mi amante a la historia interrogaba:
Era Beatriz? Fué la gentil Julieta?
Fué la víctima pálida de Otelo?
O fué la dulce e insensata Ofelia?

Mas, mi ambición que te forjó a su antojo,
sin te miraba a las sublimes muertas,
que para ser la amada de mi ensueño
faltaba a todas tu altivez de reina.

Te encuentro al fin! Oh, qué triunfante surges
a la extática vista del poeta!
Ante tu imagen, la ambición se calla
y su torpe cincel rompe la idea!

Nos hallamos al fin! Verdad, mi hermosa,
que tú también soñaste mi existencia,
y cuando ardiente el corazón latía
tu alma a tu corazón le dijo: espera?

Y mientras yo cruzaba entorpecido
una tras otra, tenebrosas sendas,
tú a los cielos, tú al sol, tú al horizonte,
demandabas la causa de mi ausencia?

Y no hallando respuesta a tus anhelos,
y no sabiendo en tu angustiosa pena
qué hacer, ay! con los besos de tu boca
y el perfume embriagante de tus trenzas.

A la noche, por triste y silenciosa,
te llegaste en amarga confidencia,
y diste a la ventura de sus alas
tus besos, y tu amor, y tus tristezas. . .

En la callada sombra, cuántas veces,
mientras sangraba el corazón de penas,
en la frente de súbito sentía
como el beso fugaz de un ala inquieta.

Y al conjuro de aquel extraño roce
mi espíritu cobraba aliento y fuerzas:
al temor la arrogancia sucedía,
nueva ilusión a la esperanza muerta.

Eran caricias de tu amante boca
que a consolar venían mi alma enferma,
a darle fe a mi corazón postrado,
y esfuerzo de titán a mis flaquezas.

Ya estamos juntos! Ya no más tus besos
a la ventura cruzarán la esfera,
ni vagará, sin dueño, en el espacio,
el perfume embriagante de tus trenzas.

Y pues ya tengo a quien ceñir de mirtos,
trego a la gloria a desplegar mi enseña.
Quién disputarme el galardón se atreve
si estás ahí para premiarme, oh, Reina?

RUEGO

Al corazón le place sentirse a veces niño,
y sacúdese entonces de la sangre de Abel;
recobra sus sonrisas, su vellones de armiño,
sus quimeras con alas, sus panales de miel.

Y a la garganta sube con rumor de cascada,
como agua la más pura de oculto manantial,
fresca, límpida, suave, la plegaria olvidada
que en el pecho nos puso la dicción maternal...

Tal sentí en tu jardín, al verte ayer, mi hermosa,
por la sangre del labio, clavel más que el clavel;
por la fina elegancia, rosa más que la rosa;
y lirio más que el lirio, por candor de la piel.

Y al punto a mi memoria, en una onda muy mansa,
del lejano recuerdo acudió una oración;
no la que rezo a diario, con la sed de venganza
que un Dios impuso al alma por su ley del Tali6n.

Sino este dulce ruego que el amor es quien sella:
—No abandonéis su mano, oh, buen niño Jesús!
Si hay sombras a su paso, encended una estrella:
si algùn peso la aguarda, arrojadlo en mi cruz!...

RADIA UNA ESTRELLA

a Dolores Morilla

A veces se interpone entre mi alcoba
y su alcoba un silencio tan glacial,
que es como si mediaran cien montañas
de mi lecho a su tálamo nupcial.

No hay un pavor igual a este silencio
en que el ritmo del propio corazón
cual un péndulo vibra que marcara
agónico estertor.

Mas, súbito, su dulce voz me nombra. . .
Se hunden las cien montañas. A su vez,
radia una estrella. . . Y su llamado avance
es como un tímido y furtivo pie.

CON AVIDO ADEMAN

a R. Pérez Alfonsaca

Con ávido ademán la dulce amada
sobre mi pecho su cabeza apoya,
para encontrar un rítmico lenguaje
que con ardor a su pasión responda.

Y al no sentir bajo la frente cándida
más que el frío silencio de una roca,
tórnanse en albos lirios las mejillas
que fueran antes encendidas rosas.

Yo le interrumpo el inocente agravio
que en lágrimas traduce su congoja,
y con blanda presión de nuevo atraigo
sobre mi seno su cabeza hermosa.

—Mi corazón, oh, amada! digo entonces,
no siempre vive en su prisión angosta,
sino que en pos de tus encantos vuela,
a su propia emoción buscando formas.

Y así mi corazón está en mis ojos
cuando a distancia tu beldad asoma,
mi intranquila mirada va a tu alcance
y te envuelve en su amor como una onda.

Y así late en las puntas de mis dedos,
si, ya exaltada, mi caricia loca
recorre los encantos de tu cuerpo,
haciéndote vibrar cual arpa cólica.

Y así también en mi cerebro vive,
cuando la idea, al proclamarte diosa,
el perfumado incienso de su mirra
te ofrece en una cinclada catrofa.

VISIONES DE LA ALCOBA

a Emilia García Godoy

Entre su tálamo y mi lecho media,
puente de los amores, un tapiz
que el pincel oriental colmó de rosas
y lirios y jazmín.

Cuando la amada, al desceñir sus velos,
luce como una estrella su esplendor,
una indiscreta lámpara de oro
a esas flores da vívida expresión.

Las rosas insinúan sus envidias,
el jazmín palidece de ansiedad,
y los lirios su largo cuello alargan
en silencio con tímido ademán.

La lámpara se extingue. . . Mas, entonces,
surge en cada rincón
de la alcoba, un enjambre de pupilas
que revuelan del tálamo en redor.

PIDOLE AL SEÑOR

Poco al Señor le pido para colmar las horas
de tu noble existencia con su eterna bondad:
que te guarde en su cuidado, tal como siempre fuiste,
el corazón ingenuo brillándote en la faz.

Y jamás un impulso de impaciencia o despecho
profane de tus labios esa tierna expresión
que sella tus palabras con dulzura infinita,
cual si en tus labios siempre vagara una oración.

Ser altiva y sencilla, qué difícil contraste!
Ignorar las ofensas, qué arrogante ademán!
Desarmar a los odios con sólo una sonrisa!
que ilumina las sombras como un iris de paz.

Llevar las manos llenas de algo siempre bendito:
el trigo de las hambres, el agua de la sed,
vendaje a las heridas, frescor para las llagas,
aliento a los que caen, y al descreído fe. . .

Y pues en ti florecen las rosas más gentiles
del jardín de los cielos, que una suavidad
extraterrestre bañe mis manos pecadoras
y hágame un jardinero digno de mi rosal.

SOMBRA DE TU SOMBRA

Cuando por el dolor al fin rendido
caiga mi cuerpo en la urna cineraria,
y con pesada losa funeraria
mi memoria infeliz selle el olvido.

No por la muerte quedará vencido
mi triste amor: eterna tributaria
de tu hermosura, mi alma silenciaría
dentro de ti fabricará su nido.

Y a tu pesar, en la callada noche
escucharás el lánguido reproche
con que te llama su ferviente anhelo:

Será sombra impalpable entre tu sombra,
el roce de tu pie sobre la alfombra,
y en tu pecho de mármol será hielo.

ESCUCHA AMADA

Escucha, amada, mi postrera súplica:
Cuando mi frente en el oscuro féretro
reclame un blando apoyo, no le ofrezcas
la triste almohada que empapó tu duelo.

La huesa es honda y fría y tenebrosa;
ni el sol la entibia ni la arrulla el céfiro,
y hasta el rosal que su raíz le clava
aromas niega a su profundo seno.

Merced a tu cariño vigilante,
mi vida ha transcurrido en un ensueño,
y en ese ensueño he de morir, felice,
la sien dormida en tu regazo tierno.

Todas tus rosas cortarás entonces
para cubrir de suavidad mi cuerpo,
y en una almohada apoyarás mi frente
que aún conserve el perfume de tu aliento.

Sin blandones después, ni pompas vanas,
condúceme tú misma al cementerio,
y en vez de llanto y oración inútil,
dame tu "adiós" en un callado beso.

PIEDAD CRISTIANA

a Ernesto Buch

Largo de aquí, hambriento perro intruso!—
Dijo la dama, y su gracioso pie,
ágil y fuerte, rubricó aquel gesto
de impiedad y desdén.

Con ojos claros, de rencor exentos,
a su dueña miró el triste lebel,
ahogó un sollozo en su postrer aullido,
y renqueando se fué.

Se fué a su antigua vida vagabunda
de bravo can en lucha sin cuartel,
de día, por un hueso, y en la noche
por un portal donde posar la sien.

Se fué... La dama, en tanto, entró en su alcoba,
con finos polvos refrescó su tez,
sonrió al espejo, iluminó dos velas,
y al pie del Cristo musitó su fe.

ECO ESCLAVO

a Arturo Dorantes

Cuando mi llanto con raudal hirviente
del corazón su imagen arrasó,
sentí un vacío tan profundo y ancho
cual ha de ser la tumba de mi amor.



Después. . . Imaginad un ser fantástico
que bajo el ojo irónico del sol,
su propia huesa, lóbrega y vacía,
llevara en el lugar del corazón.

Y que este ser se entrara por el mundo,
con mi faz, con mi risa, con mi voz:
y a los vivos hablara de la dicha,
la hermosura, la gracia y el candor.

De todas estas cosas que decimos
cuando en la Vida vamos, y que son
las tintinantes joyas mentirosas
que las bellas agitan con ardor. . .

En tanto, aquí en el pecho, siempre abierta,
esta fosa sin fin, que no colmó
su apetito voraz ni con el odio,
el orgullo, los celos y el dolor. . .

Mas, qué hacer? si en mis labios, risa o llanto,
cualquier voz, al brotar con hondo son,
eco esclavo es tan sólo de otro acento
que ya fué en mi alma la más dulce voz.

PIERROT

a Esther Costales de Verdura

Hablábase de amor, que es tema siempre
selecto en todo frívolo salón,
y como yo callara, hermosa dama
pidió mi parecer en alta voz:
— "El amor?... Bah, señora!..." Y dije entonces
tan lindos chistes puestos en razón,
con tanta gracia y tan sutil donaire
supe burlarme del pequeño dios,
que a poco ví la concurrencia entera
aplaudir mi sarcástica opinión.

[84]

y más de una preciosa boca roja
me otorgó su mohín encantador. . .

Ay! sólo tú, en tu oscura cárcel gélida,
no reías, llorabas, corazón!

LA CANCIÓN DE LOS RECUERDOS

Cuando yo era tuyo,
cuando tú eras mía,
qué hermoso era el mundo!
Qué alegre la vida!

Los cielos, cuán diáfanos!
La tierra, cuán linda!
Y cómo era entonces
jovial la campiña!

Mi brazo en tu brazo,
tu mano en la mía,
risueños nos íbamos
por toda la Villa.

Y en nuestros paseos,
la gente decía:
—Oh! amante pareja,
que Dios os bendiga! . . .

Por verse en tus ojos,
el sol retenía
los doce corceles
que al alba relinchan.

Te daban las aves
gentil bienvenida:
su aroma las flores,
su aliento la brisa.

La alondra en tus hombros
soltaba sus rimas,

y el aire enfiestaban
cien mil golondrinas.

Parlera cual nunca,
la fuente corría
fugaz a llevarte
su cándida linfa.

Y mientras los céfiros
hallaban propicias
al beso furtivo
tus frescas mejillas.

Un silfo goloso
audaz entreabría
tu casto corpiño
en busca de guindas...

Ni auroras lluviosas,
ni tardes umbrías,
todo lo alegraba
tu amante sonrisa.

Y cuando la noche
con lóbrega envidia
sus redes de sombras
falaz nos tendía,

Guió nuestra marcha
la antorcha opalina
que Venus en lo alto
del cielo prendía.

Yo, en tanto, felice,
al son de la cítara
ponía en tu oído
mi alma infantina.

En versos fragantes
de amor y poesía,
que hallaban por premio
tu boca exquisita...

Oh! boca de rosa
que un tiempo fué mía,
quién supiera entonces,
tu amarga mentira!



MEDALLONES

a Pedro Lay

MARINA SOLER

Son como espigas de oro que el céfiro alborozar
los radiantes cabellos de Marina Soler;
y es su tez olorosa de una alburar tan límpida
que fingir nieve y llamas el cabello y la piel.

En tanto sus pupilas de un azul fulgurante,
mantienen en silencio su incógnito augur . .
Qué arcano, niña, guardas en lo hondo de tu pecho?
Borrascas y relámpagos, o una ilusión azul?

A veces me figuro penetrar ese enigma,
y guiado por la gracia que esparces en redor,
descubro cien tesoros de riqueza infinita,
perlas que fueron lágrimas, coral que fué dolor.

Mas, ay! también a veces en tu nombre reparo,
y en la gracia felina de tu cuerpo al andar,
en tus rubios cabellos y en tu voz atrayente. . .
Y pienso que así fueron las sirenas del mar.

ROSA MATILDE CRUZ

En íntimo consorcio de esplendor y tristeza
tu nombre nos revela, Rosa Matilde Cruz,
las raras cualidades que ponen en tu vida
la sombra de un misterio y el fulgor de una luz.

Por la gracia del cutis, cres rosa de Francia,
y es de rosa tu aliento, si en dulce vibración,
palabras siempre ingenuas, traducen tus ideas,
o en risa sempre límpida, se abre tu corazón.

Mas, cuando un ser extraño se aproxima a tu puerta
y su fardo de penas allí deja caer,
con cuánto afán solícito ese fardo haces tuyo,
y la sombra extranjera se hace sombra en tu ser!

Y así es como la mente, al escrutar tu vida,
con tu nombre hace un símbolo de tiniebla y de luz:
tal un rosal florido que envolviera entre pétalos
los brazos suplicantes de una doliente cruz.

PURA VARONA DE CAZADE

De esta gentil señora Varona de Cazade,
cuya tristeza dulce es flor de su bondad,
diré las alabanzas que su emoción conquista
si en un estrado pone su gracia a recitar.

La he oído en poemas que todos conocían,
de Chocano y la Storni, de Nervo y de Rubén
y su voz de tal modo nos daba nuevos ritmos
que en su voz cada ritmo nuevo poema fué.

Si eran tristes los versos ¡cuán honda su tristeza!
Y qué hechizo en su arrullo, cuando versos de amor!
Si encerraban nostalgias ¡qué palidez de luna!
Si irradiaban contento ¡qué alborozo de sol!

Y en versos que eran míos también sentí su magia,
y al engaño atraído de su magia al decir,
dí al olvido mis crueles fracasos de poeta,
y en mis viejas canciones, callado, me aplaudí.

CARMEN QUIDIELLO

Su dulce nombre es Carmen. Oh, qué bien ese nombre
se apropia a los hechizos de su fina beldad!
Ya son sus pies dos lirios que hasta el guijarro adula,
ya el rostro finge un albo jazmín del Malabar.

Como champagne en copa de rosas coronada,
embriégame la gracia de su ingenio sutil:
y al escuchar la charla que su aliento perfuma
sueño con otro tiempo distinto al que viví.



A ella también transformo. Ya no es Carmen Quidiello,
la muchacha más linda de una tierra oriental,
sino que es Galathea, "blanca como la leche",
y el pelo en oro rizo como una onda del mar.

Y zagala otras veces, sus candidas ovejas
a triscar lleva al Parque del Pequeño Trianón;
va risueña y confiada, pues yo guardo sus pasos,
la daga aun en sangre de un Condé o un Borbón.

Al final, un secreto diría a esta niña,
cuyo contacto es leve como un lazo de tul,
si fuera permitido a un corazón ya viejo,
en su entusiasmo cálido tener un sueño azul.

HERMINIA GREIG DE BUCH

Jardín de margaritas que un sol de Mayo incendia,
es la blonda cabeza de Herminia Greig de Buch,
azucena es la frente, dos jazmines las manos,
y es gema en sus pupilas un miosotis de luz.

La grana de sus labios al céfiro enamora,
que un aliento tan cándido no halló en ningún rosal,
ni lirio que tuviera la gracia de su talle,
cuando mueve sus líneas el ritmo del andar.

Y así va por el mundo como en senda de flores,
de espaldas a la envidia, la mano pronta al bien,
sin espinas el alma y sin nieblas la frente,
apoyada en el brazo que es su amor y su fe.

Al verla tan hermosa transcurrir por la vida,
con fulgores de estrella, con fragancia de flor,
qué mucho que a su paso se inclinen, reverentes,
el mirto y los laureles, cerebro y corazón?



PAULINA SALAZAR

La brava sangre criolla borrarle no ha podido
aquel blasón materno que es el "esprit" francés;
y en su bridón de guerra quién sabe fué en la Francia
la linda y arrogante duquesa de Chevreuse.

Mas, no; mejor sería buscarle semejanza,
a esta bella entre bellas, Paulina Salazar,
con esotra Paulina, Princesa Bonaparte,
cuya beldad fué gloria de la Corte Imperial.

Miradla en el mármol que hizo inmortal Canova;
se piensa que este mármol tiene aroma y calor;
y si el rostro es prodigio de majestad y gracia,
la mano en que lo apoya es una tierna flor.

Hora en nuestra Paulina contemplad los encantos:
qué maravilla el cuerpo! Cuánto primor la faz!
Y son sus breves manos tan lindas y sutiles
que es dardo de Cupido su más leve ademán.

CARMEN MASCARO DE MESTRE

Supo de verso y flores quien tu nombre te diera,
oh, señora de Mestre! Oh, Carmen Mascaró!
pues, "carmen" es un verso de límpida cadencia,
y así también es "carmen" limpio jardín en flor.

Flores! . . . Dónde tan bellas como el lis de tu frente
o el lirio que en tu cara se transforma en clavel,
si alarma algún elogio tu modestia de artista,
o una alabanza incendia tu candor de mujer?

Y versos son tus ojos cuando en ellos se asoma
la emoción de tu alma, que es tierno madrigal;
y verso, verso, verso, la espuma de tu mano,
tu cuello entre jazmines, tu grácil levedad.



Luego, ahí está tu acento que es lágrima o arrullo,
según la letra exprese matices del amor. . .
Y si es canción de cuna o ruego de la infancia,
tu voz se eleva al cielo y conversa con Dios.

ESTHER QUIRCH DE LORIE

En un país de Ensueños, clarines resonantes
anuncian a Su Alteza Esther Quirch de Lorié!
En dos alas, al punto se inclinan los artistas
y un homenaje todos le vienen a ofrecer.

Mas, a ella, qué le importan ni palmas ni laureles,
si no son los que alcanza, siempre en gloriosa lid,
quien, tribuno del pueblo, es, al par, el poeta
en cuyos hombros posa su frente de jazmín?

Y qué pincel retuvo la gloria de sus ojos?
Qué noble clavicordio los ritmos de su voz?
En versos inmortales, cuál laúd nos daría
aquel sutil ingenio que es luz de su candor?

Miradla cuando mueve sus pasos sobre el césped:
diríase que al césped le ha brotado un rosal;
o bien, que ella en la mano lleva un cesto de flores,
y flores va regando su cándido ademán.

DULCE MARIA PARLADE

Tiene el buen Dios sus días que se siente poeta:
irradia un sol de oro en ciclos de zafir;
se incendian las tinieblas con un fulgor de púrpura,
y hasta el infierno mismo se cambia en un jardín.

Sus obras más obscuras conviértense en poemas
de gracia y de perfume, de suavidad y luz:
la noche se hace aurora, florece el cardo en lirios,
y el ronco trueno adquiere blando son de laúd.



Para hacer dos pupilas bajo una frente diáfana,
cincela aquella frente con un rayo lunar,
y dos abismos colma con un lampo de estrella,
y en estos ojos negros nos brinda un madrigal.

Fue en uno de esos días cuando el bardo divino
su más lindo poema nos dió en una mujer,
que en el solar de Oriente es bella entre las bellas
y entre las dulces. Dulce María Parlado.

YENY LOPEZ

Ah! si hubiera una estatua de Venus Afrodita
cuya carne de mármol encerrara el olor
de un jardín abrioleño, donde el lis se mezclara,
con claveles y rosas, al naranjo en botón.

Y la flor del granado en los labios tuviera,
y un aliento de brisa, y tan dulce la voz,
que en su voz ya surgieran vestidas las palabras
del hechizo invencible con que embriaga el amor.

Y esa estatua se fuera por el mundo y la vida:
Terpsícore en la danza, Atlanta en el "sport" . . .
Y que en versos gloriosos la exaltara un poeta,
y un violín la adulara con su más tierno son.

Decidme si en tal mármol no veríais la carne
de una linda muchacha, toda gracia y primor,
que en las tierras de Oriente Yeny López se llama
y fuera en senda oscura un rayito de sol.

BELKIS

¿Os acordáis de aquella dulce niña
que en la tierra llamábase Belkis,
y que al nacer ya trajo en su alba frente
cual símbolo, una frágil flor de lis?

Era tan tierna y a la par tan linda,
que bastaba con verla caminar
para que riera el labio por sí solo
con risa de cariño paternal.

Entre los bancos de infantil escuela,
como Belkis, quién estudiosa fué?
Quién tan gentil al inventar un chiste?
Y quién tan dulce al prosternar su fe?

Y la visteis jugar, suelto el cabello,
que aromas daba al céfiro sutil,
mientras su faz dos chapas ostentaba,
pomas de Enero o rosas en Abril?

Qué risa tan jocunda era su risa!
Qué correr tan ligero el de su pie!
Qué malicia tan cómica en sus ojos!
Y en su malicia, cuánta candidez!

Tal fué Belkis! Fugaz estrella errante,
el canto de una alondra, blanca flor. . .
Y al irse nos dejó por toda huella
un arpegio, un perfume y un fulgor.

DON FED. HENRIQUEZ C.

(Ochenta años)

Ochenta años de vida en una tierra
por el rencor poblada y la maldad. . .
Contra el odio y la horrible sed de sangre,
se alzó su mano y fué un pendón de paz.

Ochenta años de vida consagrada
al bien, a la enseñanza y al amor. . .
Cuando el abrojo se clavó en su planta,
besó el abrojo y convirtiolo en flor.



Ochenta años de vida por el mundo,
débil el cuerpo, sin temblor el pie;
si hubo tristezas, las confió a su lira,
y fué su llanto un cántico de fe.

Ochenta años! La blanca cabellera
con su nimbo de lírico fulgor,
antorcha es ya de luz extra-terrestre
que va camino del Supremo Amor.

Y cual la luz de un astro resfulgente
después de extinto su fulgor nos da,
tras la muerte, por siglo de los siglos,
su espíritu a Quisqueya alumbrará.

ANA MOYA DE PEREDA

Os digo, en verdad, señora
Ana Moya de Perera,
que es vuestro trato a manera
de una flor encantadora
que a las fugitivas horas
con blando yugo impusiera
gracia, aroma y suavidad. . .
Que el ciclo os cuide, señora,
como se cuida un rosal.

Y también guarde en su gracia
vuestro acento dulce y grave,
donde vibra, como en clave
de marfil, la aristocracia . . .
de vuestra risa canora. . .
Os dijeron ya, señora,
cuanta tierna hechicería
despliega, hasta en su ironía,
vuestra boca seductora? . . .

O bien, aquel Jerez,
arcaico gran señor
de pálido color,

que en mi trato íntimó más de una vez,
haciéndome apurar hasta la hez
la magia de su esprit embrujador,
y, oh! portento de una edad senil,
en mi sangre infiltró con su vejez,
un torrente de savia juvenil.

Los ojos cierro mientras el murmullo
que acuña un medallón con tu figura,
esmalta, de alabanzas tu finura
y acaricia mi sien como un arrullo.

Oídles:

—Qué alegría, qué frescura
esparce por doquiera su hermosura!
Por ella en la mañana el avecilla
entona ufana su canción sencilla,
duérmese el mar, irradia la espesura,
copia el lis de su frente la blancura,
la rosa el arrebol de su mejilla.
Y si levanta al cielo la mirada
en una noche espléndida de abril,
qué es, ante ella, la bóveda azulada,
de estrellas mil poblada,
sino un espejo que se rompe en mil? . . .

(No es posible dormir, el murmurio
se va tornando en el fragor de un río)

Otro clama:—Si emerge su beldad
bajo la gloria de un salón en fiesta,
ella es Diana gentil que el dardo asceta
sin poner intención ni voluntad.

(Sacudiendo el letargo de la siesta
tócome el pecho y digo: "Sí, es verdad").

Habla ahora un poeta medieval:
—A veces un sutil desdén irisa
el húmedo carmín de su sonrisa,
y en su boca, que entonces es rosal,
florecen epígrama y madrigal:
su mano. . .

Yo interrumpo: —Mas, por qué
no nos brinda su mano el "pus-café"?

MARTHA MARIA LAMARCHE

Tiene, acaso, un lindo nombre
su fragancia peculiar?
Digo que sí, al dar el tuyo,
Martha María Lamarche,
y sentir que impregna el aire
un aliento florestal.

Tu nombre en alas del céfiro,
Martha María Lamarche,
se disluce cual si fuera
un andante musical,
en que violines de Hungría
interpretan a Mozart.

Música, aroma, poesía,
todo lo alado y fugaz,
se encierra en tu lindo nombre,
Martha María Lamarche;
pulido estuche del alma
que entre tus versos nos das.

Oh, tu nombre de poeta,
sonoro como el cantar

que una ondina enamorada
dijera a orillas del mar. . .
Tu nombre, tu lindo nombre,
Martha María Lamarche!

TERESA DOMENECH

Sí; yo sé lo que tus negros ojos
dijeron, con su tierna languidez,
frente al collar de fúlgidos diamantes
que en su vitrina contemplaste ayer:

—Oh, con ese collar en mi garganta
quizás cuan bella me hallaría él!

—Quién? . . . Pues aquél, Teresa, cuyo nombre
pone en tus labios un panal de miel.

Mas, ay! quizás lo que esas mismas gemas
sintieron a su vez,
de honda ambición y de cruel envidia
al ver tu cuello, y que en su fina tez
un humilde collar de piedras falsas
se embriagaba en aromas de tu piel. . .

Y yo, entre ambos collares, Teresita,
el más tosco, también quisiera ser.

MONINA

Oh, la linda muchacha
a quien llaman "Monina",
porque eres el estuche
de la gracia exquisita,
quién el espejo fuera
donde tu faz se mira,
y una a una retrata
todas tus monerías!

La blonda cabellera
que a tu frente ilumina,
como un sol que esparrama
sus oros en la cima
de una comba montaña
por los hielos pulida.

Bajo la sien, tus cejas;
tal una golondrina
que a los cielos se alzara
con las alas tendidas
a captar los dos astros
que en tus ojos titilan.

Tus labios son dos uvas
de una cálida viña;
en ellos, ¡quién libara
vino de tus caricias,
aunque borracho quede
para toda la vida;
y en el gracioso hoyuelo
que lucen tus mejillas,
cuando el placer desata
el cordón de tu risa,
darte en un beso el alma
para siempre cautiva!

¡Oh, la linda muchacha
a quien llaman "Monina",
porque eres el estuche
de la gracia más fina,
quién el espejo fuera
donde tu faz se mira
y una a una retrata
todas tus monerías! . . .

Mas, no; mi mente loca
se forja ya otro prisma:
ser una fuente cándida
de transparente linfa,
oculta en el bosque
de una floral campiña,
y dónde, con planta ágil,
¡oh, preciosa Monina!
a sumergir vinieras,
en pleno mediodía
y ávida de frescura,
todas las monerías
que yo aun no conozco
de tu cuerpo de ninfa.

MEDIA LUNA (Balada)

• Josefina Núñez

La media luna de plata
que la onda del mar retrata
navegando en pleno azul,
¿acaso es nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?

Contemplándola fanática,
en muda actitud hierática
la novia del alma está:
interrúmpela mi plática:
—Por qué la miras extática
si tuya nunca será?

Ahora es la misma luna
que se detiene importuna
al ver mi amada gentil,
y en su cabellera bruna

las hebras cuenta una a una,
las besa mil veces mil.

Y se escucha a la sordina
una orquesta cristalina
en la clave azul del mar:
cual si en sus teclas, la fina
y ágil mano de una Ondina
interpretara a Mozart.

En tanto, nube agorera,
en la callada manera
de negro buitre traidor,
álzase en la azul esfera,
trepa a la luna, y artera
la ahoga sin compasión.

¿Do está la nave pirata
en cuyo tope remata
el pabellón de Estambul?...
Ay! de aquel astro de plata
la ancha mar sólo retrata
un fantástico ataúd.

Rómpe se el féretro y fuera
asoma una calavera
su descarnado perfil:
oh, Selene, quién dijera
que en tus órbitas tuviera
su oculto nido un reptil!

Mas, con su cuenca vacía
bajo la nube sombría
vuelve a mirarnos tenaz.
—Cesa oh, Luna! en tu porfía,
la novia del alma mía
no será tuya jamás.

BEATRIZ ARCINIEGAS

(Bandera Colombiana)

Oh, Beatriz,
la niña blonda y feliz!

Orgullosa colombiano
quien gane tu linda mano.
Doquier vaya por la Vida
con tan noble compañera,
a la par llevará erguida
la gloria de su bandera,
en tus frescos labios rojos,
el zafiro de tus ojos
y el oro de tus cabellos:
onda, gracia, luz, destellos!

Y en los momentos de ruda
batalla contra la duda,
el odio y la envidia artera,
siempre desplegada al viento
del más puro sentimiento,
verá flotar su bandera
con fúlgidos destellos:
en tus labios siempre rojos,
el zafiro de tus ojos
y el oro de tus cabellos...

Oh, Beatriz,
la niña blonda y feliz!

A qué darme su nombre? . . . Su nombre por la vida,
 su nombre en el tumulto, su nombre del salón;
 y que entonces yo sepa, por qué en su frente pálida
 hay sombras de misterio y hay tal vez un dolor.

Ni qué nombre tendría su aroma y su fulgencia,
 fuera Venus en los cielos, o ardiente rosa al sol;
 ni aquella suave gracia que ella esconde en los ojos,
 y en su sonrisa tenue, y en su apagada voz.

Ni me contéis tampoco sus triunfos resonantes,
 ya en casinos e hipódromos, ya en señorial mansión,
 cuando bella entre bellas y emperatriz del baile,
 mancebos jactanciosos diapútanse su amor.

Oh! no me digáis nada de lo que a ella atañe:
 ni la calle en que vive, ni cómo es su balcón. . .
 Dejádmela en mi ensueño, tal como hoy la miro:
 blanca estrella en la noche, y en el día una flor.

FABIOLA CALDEVILLA

Fabiola Caldevilla, Fabiola Caldevilla,
 qué tierno y gran artífice fué contigo el buen Dios,
 cuando puso en tu frente el blasón de una estrella
 y te puso en los labios doble encanto de flor!

Y qué extraño contraste se advierte en esos labios!
 Ya son de ardiente rosa sus pétalos al sol,
 ya ocultos en la noche, por gracia de su aroma
 del más cándido lirio regalan la ilusión.

Su luz te ofrece en tanto la estrella de tu frente,
 y en el arte en que Vinci su genio esparramó,
 nos brinda tu pincel prodigios de arte sumo,
 en sonrisas o lágrimas, en sombras o fulgor.

Que Dios te guarde siempre. Fabiola Caldevilla.
con tu estrella en la frente y en los labios tu flor!...
Y linda, siempre linda!... Más que todas las flores!
Más que todos los astros! Tal como te hizo Dios!

HUERTO DE OTOÑO

a Bonifacio Byrne

El poeta pasó, fija la frente
en la empinada cruz de los martirios,
donde el dolor, bajo la luz poniente,
finge que son sus dagas siete cirios.

Y en la sombra que tejen las encinas
del camino, surgieron tres doncellas:
hermosas son las tres, las tres son finas,
y altas y temblorosas como estrellas.

—Es su pupila el sol de la mañana,
prorrumpo Sonia, linda de sonrojos.
—¿Acaso por mirarte, oh! dulce hermana,
él, de los cielos, apartó sus ojos?

—No; pero los fijó en una alba nube,
volviéndome esa nube su mirada.
Y en la actitud de un cándido querube
que piensa en Dios, Sonia quedó extasiada.

Nisia, núbil apenas, y el acento
de las palomas, dijo:—Primavera
fué en mi pecho su amor, cuando su aliento
en un verso rozó mi cabellera.

—¿Por qué callaste vuestra cita a solas?
—Nunca hasta hoy le ví; mas, del dolor
de su ausencia yo hablaba con las olas,
las brisas y su amigo el ruiseñor.

En celos abrasada, Cinthias, loca,
excesos cuenta del amor verdugo;
—Mis dientes fueron cárcel de su boca,
Yo he exprimido de su boca el jugo.

Y con tal fuerza su pasión proclama,
que a las otras arranca del Ensueño.
—¿Dónde, hermana, os besásteis?— En mi cama.
—Mas, cómo, cómo, Cinthias?— En un sueño.

BLANCA FLOR

a Luisa Luigi

Libres de pajes e importunas dueñas,
en el jardín, las tres hijas del rey,
qué es la gloria? discuten, sonrosadas
por la ardencia que en su sangre es ley.
—Llevar tras sí cien pueblos a la guerra!
Clama, altiva, la infanta Doña Sol,
novia feliz de un ínclito guerrero,
príncipe de la muerte y el terror.

Y dice Doña Inés, la prometida
del rey del oro en Londres y París:
—Competir en diamantes con la noche:
de día, con los cielos en zafir.

Su turno toca a la infantita blonda,
a quien llaman, por linda, "Blanca Flor".
—La gloria, dice. . . Y habla tan turbada,
que se oye apenas la palabra "amor".

Las dos hermanas, pálido el semblante,
a la pequeña miran con desdén. . .
Y es que al más bello capitán de robos
la infantita ha jurado serle fiel.

CAZADOR FURTIVO

a Esther Padrón de Albornoz

Envueltas en sus mantos contra el fresco
de la noche, las tres hijas de Iván
el guarda-bosque, soñolientas vuelven
del raudo baile a su tranquilo hogar.



Cruje una rama y Berta, asustadiza
como una corza, dice con afán:
—Ay! qué susto, si en pos de nuestras joyas,
nos cierra el paso algún ladrón audaz.

Mófase Inés:—Robo gentil; tres aros
lisos: ni perlas, ni diamantes. . . Bah!
Más miedo tengo al cazador furtivo
a quien padre persigue sin cesar.

Recatada en la sombra, Luz sonríe. . .
Su lindo anillo no lo guarda ya;
diólo a quien presto estrechará en su alcoba,
al fuerte y ágil cazador fugaz.

ALAS

a Alfonso Camón

Su pobreza no importa; la casita
reluce al sol como un vellón de plata,
y el can luciente y el rosal florido
bien los esmeros del hogar proclaman.

Mas, a pesar de ser tan blanca y limpia,
flota en su ambiente una tristeza vaga,
que al viajador desde el umbral acoge
poblando el alma de imprecisas ansias.

¿De dónde tal tristeza se desprende?
Del duro anciano, cuya frente rayan
—ilustrando quizás oculta historia—
sinistra cicatriz y arruga amarga?

¿O de la hermosa nieta que a su lado
crece, y al par de hermosa es tan huraña,
que nadie osó de amores requerirla,
temiéndole al rencor de su mirada.

Extraña juventud la de esta niña
que nunca alegre ríe, y cuando canta,



claro se advierte que en sus labios tristes
un mal de siglos su dolor exhala.

Pónese ahora en pie, la fina mano
con gesto duro por su frente pasa,
cual si espantar quisiera alguna idea,
siempre tenaz, que a su pesar la asalta.

Hasta que al fin, con ímpetu salvaje,
al torvo anciano de este modo habla:
—Quién fué mi padre, dime, abuelo, y dime,
quién la mujer que me llevó en su entraña?

Herido de estupor, sobre su pecho
el viejo inclina la cabeza cana,
mientras un historial de raptó y muerte
abre al recuerdo sus sangrientas páginas.

Mas, se repone, y con sarcasmo dice:
—Su noble estirpe inquiera la rapaza?
Pues, escucha: tu madre fué una frágil,
y a tu padre di muerte por su infamia.

—A mí tu hazaña no me importa, abuelo;
sólo quiero saber de dónde esta ansia
me viene de volar, volar muy lejos,
por encima de nubes y montañas.

—De tu abuela quizás que fué una bruja;
replica el viejo con creciente saña.
Mas, ella, al punto, súbito contento
al duro rostro del anciano lanza.

—Ah! tu mujer fué bruja? Ya sé, entonces,
de qué herencia me vienen estas alas
que en noches de huracán siento en mis hombros
queriéndome arrancar: Yo soy un hada!

Cuán otra de la altiva castellana
que en justas, caza y fiestas de salón,
mostraba al mundo su arrogante estirpe,
aparece en su alcoba doña Sol!

La frente humilde y pavorida el alma
por un fatal presagio de dolor,
la ve a sus pies la misma dulce Virgen
que de niña amparaba su oración.

Súbito, un hondo y lúgubre silbido
parte el silencio de la noche en dos...
Y una estridente carcajada vibra,
que al propio infierno diérole pavor.

Oyese un ay! profundo y lastimero,
que al par de queja es un postrer adiós.
Aúlla un can, cuyo angustioso acento
entre mil distinguiera doña Sol.

Se hincha el jardín con un tropel de gentes
que vienen, van y, en torpe confusión,
mil comentarios hacen de un suceso
que causa a todos invencible horror.

Huella un paso altanero la antecámara,
pónese en pie de un salto doña Sol,
su fiera voluntad requiere, altiva,
y en tal broquel recata su temblor.

Resuena un toque en la cerrada puerta,
detrás del toque un áspero empellón,
y asoma en el umbral un caballero,
adusto el ceño, lívido el color.

Mas se repone y, sonriente, dice:
—Un hombre ha muerto al pie de este balcón.



Rondar le ví y, creyéndolo un furtivo
cazador, mi venablo lo abatió.

Era Juan. . . Ya sabéis: el jardinero. . .
Pobre zagal, tan apegado a vos!
Bah! . . . Dadle algún dinero al triste padre,
y máa no se hable de mi torpe error.

Miró a su esposo la doliente esposa,
y en confesión altiva de su amor,
el orgullo implacable de sus lágrimas
en dos límpidas perlas le mostró.

NOSTALGIA

a Andrejulo Aybar

Eramos tres que con el buen San Pedro
llegábamos a Dios:
un invencible paladín cruzado,
una niña gentil y el trovador.

Quiso el guerrero continuar su vida
de lucha por la fe,
y obtuvo la legión que comandaba
el refulgente arcángel San Miguel.

—Volver a las pupilas del amado,
la niña sollozó;
y fué un claro de luna por la noche,
y fué un beso de aurora con el sol.

Llegó mi turno, y díjome insinuante
la Suprema Bondad:

—Ya sé que el arpa de David ansías. . .
El corazón saltó de orgullo. Mas. . .

—Oh, no señor, que mi ambición es otra!
Arbol quisiera ser de honda raíz,
y en la ardorosa tierra que el Ozama
fecunda con sus aguas, revivir.

LOS TRES DONES

a Alice Stone Blackwell

El hada mi madrina tres regalos
en mi cuna dejó:
un báculo florido, dos sandalias
de oro y un zurrón.

Los tres dones tomé con ansia loca
tan pronto fuí zagal...
Qué hermosa hallé la vida con sus flores,
sus campos y su mar!

Mas, a poco de andar, un cardo hiriente
fué el florido bordón;
las áurcas calzas, dos pesados grillos
sujetos al dolor.

—Y en el zurrón, poeta, qué llevabas?

—Sueños... Y, ay! de los tres
dones que me hizo el hada, el de los sueños
el más terrible fué!

NOCHE BUENA

a Enrique Apolinar Henríquez

El que lejos de su casa
ve pasar la Nochebuena,
ese sabe lo que es frío,
y sabe lo que es tristeza.

Estrellita que en el cielo
me parece una lágrima,
cuéntame si estás mirando
lo que cenan en mi casa.

Dando tumbos dos borrachos
pasaron frente a mi puerta,
y esta vez sentí en el alma
envidia a la dicha ajena!

Falta a los unos el vino,
a los otros falta el pan,
infeliz de mí que sólo
me falta con quien cenar!

AMOR IMPOSIBLE

a Ana María Carrasco

Siempre gusté de contemplar el cielo!
Así, cuando era niño,
al volver del pasco, ya entre sombras,
por dulce compañera de mi ruta
la más hermosa estrella yo escogía,
que corría conmigo, si corría,
y cuando me paraba se paraba.

Después, en el regazo
maternal, intranquilo, yo soñaba
que aquella blanca estrella era la mía...
Sin reparar en mi candor de niño
todo el azul que entre los dos mediaba!

Y así, desde la infancia siempre tuve
el imposible sueño de una amada,
distante y misteriosa,
que era a la vez una fugaz estrella
en el azul confín,
tan difícil de asir,
que corría conmigo, si corría,
y cuando me paraba se paraba.

OH. ALMA SEDIENTA DE AMARGURA

a Angélica Parladé

Tantas cabezas contra mí agrupadas,
tenían el aspecto aterrador
de una bandada de feroces cuervos
espiondo la agonía del condor.



¿Recuerdas, oh, alma mía! aquella frente
inclinada hacia mí.

aquella frente triste y blanca, que era
como una blanca y triste flor de lis?

Tantas pupilas de expresión siniestra,
mirándome al pasar,
era la crin de rayos despeinada
que agita en su carrera el huracán.

¿Recuerdas, oh, alma mía! aquellos ojos
posados siempre en mí?

Das gotas de rocío en cuyo fondo
fulgía un enigmático zafir.

Tanta lengua excitando en mi perjuicio
la ira de un Dios cruel,
formaba la estridente y rara orquesta
que vibra bajo el arco de Luzbel.

¿Recuerdas, oh, alma mía! aquellos labios
en oración por mí?

Tú, ruiñeñor, robabas de su acento;
tú, de su hálito, oh, céfiro sutil!

Mas, mi recuerdo, es un cristal fantástico
en que el pasado asómase al revés?...

¿Por qué a los odios, tolerante acojo,
dando al olvido la traición de ayer?

Y por qué esquivo la fulgente imagen
de la que supo amarme en el dolor?

Oh, alma, siempre sedienta de amargura!

Oh, extraño incomprendible corazón!

VIBRACIONES

a Joaquín Navarro Palomares

Con blanca lona de esperanza henchida,
mi barquilla lancé
al revuelto océano de la vida,
y de la tempestad embravecida,
audaz, la intensa furia desafié.

Negro, muy negro, el horizonte estaba,
rugía airado el mar.
pero, en esos rugidos, yo escuchaba
la vibración de un arpa que pulsaba
con sus dedos de bronce el vendaval.

El acento de esa arpa me atraía:
y mientras Aquilón
látigo de centellas sacudía,
sirena de mi rumbo dirigía
el corte de mi nave, la ambición.

La ambición! En sus brazos, imprudente,
cuán loco me confié!
Ella le puso al corazón demente
el fuego de esta fiebre, esta ansia ardiente
de gloria y triunfos que jamás sacié.

Mas, perdidas están esas creencias:
murieron fe y amor:
y murió hasta la paz de la conciencia!
Hora, el arpa que vibra en mi existencia
es arpa triste que templó el dolor.

Con rota vela al mástil recogida,
sin brújula, al azar,
navego por los mares de la vida;
bonanza o tempestad embravecida
a mi nave sin rumbo le es igual

TRAS SUS HUELLAS

a Margarita y Julia Amelia

En la horrible orfandad de su partida
con tres indicios me lancé a buscarla:
su cariño a las flores, su dulzura
y su exquisita ingenuidad cristiana.

Corrí al jardín; y aroma de su carne
sentí mezclarse al de las rosas cándidas:
—Por vida de tus flores, jardinero,
dime, si ella está aquí, dónde la guardas?

—En carrera fugaz cruzó mis siembras:
mas, doquiera posó su breve planta,
el cardo agudo se volvió una rosa,
límpido manantial la turbia charca.

Un buen hombre topé que su rebaño
conducía a pacer en la sabana:
—Por tu más inocente corderillo,
dime, pastor, si estuvo en tu cabaña.

—Sólo un instante iluminó mi choza
la dulce luz que su presencia irradia:
mi colmena se fué tras su sonrisa,
y tras sus hombros mis palomas blancas.

Entregado a la Biblia y al cilicio
encontré un grave asceta en la montaña:
—Dime, santo varón, sobre tu libro,
no la viste inclinar su frente pálida?

—En rápida ascensión a lo infinito,
como un perfume su divina gracia
derramó en mi cabeza pecadora,
y se esfumó en la nube que pasaba.

CON MI SONRISA PLACIDA

a Julio Gaglieminetti

Con mi sonrisa plácida de siempre,
cuya retama sólo yo probé,
me iré por los caminos de la vida...
Nadie mis huellas hallará después.

Doquiera vaya por el ancho mundo
tristeza y soledad encontraré. . .
Lejos de ellos, cuán buenos los amigos!
Y la amada, qué dulce en su querer!

Cien leyendas en tanto con mi nombre
la fantasía se dará a tejer;
ora, soy bandolero en la Calabria,
ya, sátrapa feliz en un harén.

Como en la mente tierna de los niños
la ausencia nunca se trocó en vejez,
para mis nietos, el abuelo de antes,
magnánimo y viril, siempre seré.

Y en cierta noche de retozo y cuentos,
el más pequeño inventará a su vez
esta nueva fantástica:—Mañana,
vendrá abuelito en el vapor francés.

La gran noticia iniciará un revuelo
de mil juguetes que traerá el bajel:
carros y aviones, bates y pelotas,
y un tambor, y una lanza y un arnés.

En tanto, sabe Dios bajo qué peña,
—honda guarida de monstruoso pez—
o en qué caverna de animal salvaje,
blancos mis huesos dormirán tal vez!

LA CANCION DE UNA VIDA

LA CANCIÓN DE UNA VIDA (1)

Un mirador de cincelados balcones: dulce apartamento desde donde abarcar con pupilas límpidas todos los panoramas del mar, es el que mi imaginación elige para escribir este libro.

Voy a ese lugar avaramente mental pensando en la odisea del tomo de versos que respetó el furioso ciclón dominicano de 1930 y que, por una gentileza de su autor, vino a ser gloria de mi espíritu.

Tiene, pues, "La Canción de una Vida" para mí, ansiedades de naufrago y turgencia de mar. Hay algo grandioso y único en estas páginas que se me ocurren brillando con luz tierna y profunda entre sus hermanas de edición: más andariegas y despreocupadas, quizás, pero sin la singularidad de aquel destino que trajo el libro de Fiallo hasta mis manos, como un magnífico jasmín de las Antillas bogando entre los vientos.

Ya estoy en mi pabellón de oro cálido y arborescos travesaños: frente a un cielo que variará de la aurora a la noche, tal vez con alguna nube sombría y pasajera, o una encendida chupa de relámpago.

Tengo a mis pies el valle de la fantasía donde juegan todos los rubores del verde en condescendencia con el sol. Lejos se levantan las almenas de un castillo dieciochesco: señal de que bajarán al valle damas hermosas: favoritas, acaso, de sonrisas enigmática y basquiñas graciosas; vibrantes y sensitivas mujeres de otro tiempo cuyo andar majestuoso ha de traer el azar de los blasones en un perfume orgulloso y suave como el terciopelo gentil de sus tapices.

Pero, para esta "Primavera Sentimental" de Fiallo, que diríamos la obertura de un interesante romance lírico, yo quisiera la caricia renovadora y ancha de un claro día de septiembre: tal

(1) Porque este Estudio de la fina, elegante y muy sutil escritora del Paraná sobre mi libro anterior LA CANCIÓN DE UNA VIDA, me exalta con munificencia que provoca mi más alto orgullo; y porque la mayor parte de las poesías por ella mencionadas han sido insertadas en esta Antología, póngolo aquí como un broche de oro con que quiero cerrar sus páginas.

como se sueña a los veinte años; dentro de ese enervamiento adorable y misterioso que canta con el rumor de la crisálida. Porque casi todos los versos de este capítulo están sentidos con esa melancolía de convalecencia que es en plena juventud, el motivo de las más exquisitas tristezas del espíritu.

El refinamiento de la sensibilidad poética de Fiallo llega aquí a veces a una pulsación dolorosamente subjetiva, donde se adivina la esencia del tema como una nota persistente y honda. Es un resentimiento que quiere guardarse pero, que aparece muy a su pesar, como esos arcos de luz que simbolizan el interior puro de los santos.

En esta primera parte de "La Canción de una Vida", la pasión es un prometedor esbozo y el amor se insinúa con la ternura romántica de la edad brillante, cuando se cree en la aristocracia de morir por el objeto amado y de buscar el rincón anónimo para morada protectora y única.

Hay mucho de Musset en "Fos Ever" de Fiallo; pero, aquí al saque llorón se cambia por la tumba, sin más signo que un deseo enorme de silencio:

Allí, solo, mi amada misteriosa:
bajo el sudario inmenso del olvido,
cuán corta encontrará la noche eterna
para soñar contigo!

Descúbrense en estas estrofas un delirio de primeros lustros; una exaltación que parece llevar en sí el triunfo del ballazgo. Presiéntese al corazón detenido sobre la ansiedad de ese gran sueño; minuto del amor que abarcará toda la memoria de la tremenda noche sin espacio.

Pocas fórmulas tan ardientes y sentidas hanse bordado sobre los oriflamas de la muerte!

Fabio Fiallo es siempre un magnífico de la síntesis. Su organismo sentimental enlaza madreselvas fáciles y expresivas alrededor de todos los amores que él no sólo va pasar, sino que presiente y vive. Sus características emotivas definen así en una blanda susceptibilidad de la cual no se extrae, sin embargo, el mi bemol hipocóndrico y estilizado de tantos cultores de la estrofa, o la obsesión estupefaciente de muchos coloristas neosensibles.

Si bien este poeta no pertenece a la generación de los "ismos", pudo hacer, como Plunkett, su vaticinio en la metáfora. Mas, no hallaremos ni azul ni violeta de morfina en los versos de Fiallo.

Es una noble sinceridad; una hidalga convicción la que persigue sus rimas, acentuándolas con arrebató o con ternura a través de los mandatos del espíritu.

Su inspiración, anecdótica a veces como la de Darío, de quien fué amigo prodilecto, revela siempre una honestidad admirable. En esta cabeza y en este corazón integérrimo palpita, obediente y nítida la visión de las cosas; escusa que indudablemente desdistan los lentos del cubismo, hoy, que la poesía consiente en abarrotar vocablos y en una disfrazada tendencia a la oscuridad culterana: madre desventurada de tinieblas.

Pero sólo por anobismo o por genuflexión del momento pueden reprochársele la forma y el contenido de las poesías de Fiallo: sueteramente bonradas en ambos aspectos, sin que por ello se endorrescan la gracia de los giros y la cautivadora musicalidad de sus estrofas.

El ilustre poeta dominicano, mago de las asonancias, príncipe de las consonancias, de lo que "Rima Profana" es un ejemplo, ama las frases breves y pulidas: pequeños vasos de alabastro donde se guarda esa "mirra de lirios" que es el aroma embriagador de Sulamita...

Hay perfume de suavidad en toda "La Canción de una Vida". Aun llegando a "Rumor de cadenas" que marca la segunda jornada del libro, y donde los odios ya anticipan el gehenna de las lúbragas noches, Fabio Fiallo no pierde su don gentilicio, su manera dulce y templada de cantar, como si se acompañase eternamente con la murra lira serena y cariciosa.

El "genus irritabile" de los poetas de que habla Horacio, no delina aquí el temperamento, como no sea resolviéndose en tierinas censuras o en quejas bondadosas.

Pero, volvamos a aquel "Rumor de cadenas" que ha llenado mi mirador de una media sombra con tonalidades de incienso...

Cierro los ojos y veo destilar toda la vida épica de Fabio Fiallo, el "poeta patriota". Contámplole paladín de la cruzada dominicana; usando al sol el lema de su escudo: "Al lado mío, algunos quizás, delante de mí, nadie"

"Uncle Sam" enfrentase con este nuevo Rolando que bien abrió gargantas de libertad e independéncia en las montañas de la opresión dominicana.

Su rebeldía espléndida, su valor, el ardiente soplo de patriotismo que le empujase a la lucha en los años de agobio, agregan a sus laureles de poeta la promesa libertaria de los héroes.

Fabio Fiallo, encarnación del alma dominicana, no quiso que su patria fuese un engranaje más de los Estados Unidos; de esa máquina formidable que llevó su silbato invasor al oprimido suelo caribeño, allá, por el 29 de noviembre de 1916: año de angustia y de tristeza en que la tan famosa proclama Knapp fué el mensaje de humillación y de silencio.

Para los anales históricos: códices de oro y sangre donde se estampa el levantamiento ansioso de los pueblos, Santo Domingo tendrá en Fabio Fiallo la figura prócer; el hombre colmado de sueños poéticos y de virtudes reaccionarias cuya lira mezclase, al fuego del civismo, la caricia halagadora del amor.

Santo Domingo, arca de codicias invasoras desde el 1492 de los descubrimientos grandiosos, lleva el hispanismo puro en la sangre nativa de esos hijos de la Quisqueya madre que mira nacer el sol y sonríe a la promesa de mejores tiempos desde sus selvas hondas e intoxicadas.

En Fabio Fiallo se arma el caballero de aquella genealogía legendaria. Su reto de 1920, desde las columnas del periódico "Las Noticias"; aqual su notable y desafiante: "Oídme todos", que irguió su grito de protesta en medio de una situación abrumadora, fué acaso también un trallazo viril y dolorido para la evocación del tratado de Basilea, para el predominio haitiano, para todos los recuerdos opresores, en fin, que por tantos años convivieron a Santo Domingo en un rehén del lucro y la codicia.

Pero, repercute en el poeta de "La Canción de una Vida" este hervor guerrero, esta inquietud febril de la conquista, y está aquí, latente, el hombre que fué condenado a morir, o al cautivo de las meditaciones desoladas?

No!

Al decir no, veo disparar el incienso de mi mirador altivo, y de nuevo un rayo celeste, como de anunciación o de victoria, ha descendido hasta mis ojos.

Es que las prisiones de Fabio Fiallo están llenas de alma de mujer, y uno se figura en ello el dulce y novelesco paisaje de dos labios que se besan, brotando sus flores en la sombra.

Son mujeres de ensueño las que visitan al cautivo: heroínas divinizadas por el amor; protectoras Maba que vienen y van con la serenidad blanca de los cisnes...

La melancolía del prisionero mueve una música de gusla, que a veces, como en "Tras las rejas", se traduce en vivísimo reclamo Mas, el cantor no se ofusca ni se aleja de su métrica feliz. Diríase

que en su pentagrama de oro están escritos los signos de la suprema armonía, para ser interpretados por gargantas de seda bajo las estrellas del cielo quiqueyano.

Cantos de soledad y de reclusión son estos: carceleros esfódelos en los cuales suele cristalizar el rocío de una alborada optimista:

Y que sigan los odios ignorando
por qué mi joven alma,
de muerte herida al descender la noche,
se ostenta al nuevo sol alegre y sana.

Esta "pequeña chiapa de alegría es más que suficiente para realizar el decoro espiritual del artista, cuyas facetas interiores no son sino la reflexión de un estado de ánimo en perfecta unión con su lealtad.

Hoy, que cuesta tanto a los poetas ser sinceros, parecerá llana y desmedidamente proba esa expresión lírica de Fiallo en cuyo noble trazo se encierra el secreto de la consonancia melódica. Es una línea serpentina que asciende siempre, desdoblando sus curvas gentiles como gasas moldendas en cuerpos de mujer... Una plástica de arcilla transparente cuyas imágenes blondas se construyen en el cuenco del éter, y se fijan con el prendadero de los astros...

En Fabio Fiallo vive un poeta de esa generación alta que no muere ni se deja apagar por los "novísimos": porque, por mucho que se evolucione y se marche de acuerdo al siglo, es imposible vedarse a la tentación bíblica—diríamos así—de la legítima belleza.

Y todo el libro del gran dominicano está encerrado en este dogma estético que no es, sin embargo, una altanería de la imposición emotiva, dispuesta a conseguir proñelitos dentro de los cánones del arte.

Hay que negar a Fabio Fiallo el argüillo oceánico de los poetas que se creen dioses.

El es un exquisito del sentimiento que haya de las incruataciones enfáticas: tan comunes en las naturalistas demasiado conscientes de sí mismas.

La colisión de las pasiones, en "Tristesas de un amanecer", no viene a destruir el ensalmo estelar de la primera parte del volumen.

El poeta ha escrito para esta jornada de su libro dos composi-

ciones soberanas: "Balada fúnebra" y "Nocturno". El dolor de la evocación en una; la tragedia del carnaval del mundo en otra. Son trémolos de arpa sollozando al resguardo de jardines dormidos, donde han de callar hasta los silabeos de la brisa... Es preciso que desde mi atalaya diga a todo lo que imaginariamente me rodea: hablad bajo!, como en el poema de Mistral. Sólo es dado que florezcan narcisos y orquídeas, silenciosamente, para ofrecer sus corolas de asombro a la suavidad de esta armonía, y que se ensanche sobre los lazos de azul imposible el abandonado beso de la luna.

Yo quisiera que se hiciera una espectral quietud de valle selecta para escuchar estas poetas... Culparías, acaso, a mi lugar de fantasía de todas estas vagancias encantadas? Sea. Pero, cuánto goza el alma sintiéndose dueña de edificar a través de motivos como éstos!

Bajo la impresión de tal aserto, acerquémonos a aquel camino de las añoranzas románticas que el autor llama "Flores de sendero".

Sobre las alamedas nostálgicas ha caído el oro nipón de esos primeros fríos que cubran los más ardientes panoramas con la pétina grave del recuerdo.

"Escena Luis XV" y "Evocación Romántica" son tapices tramados en lizas cortesanas.

Ha llegado el momento de encender las lámparas de mi castillo dieciochesco y de tender el puente levadizo sobre el foso. El bosque englantado desparrama un perfume de bayas, enervante y profundo, para adormir a las dríadas que juegan con el habrajo de la luna. Suspira la alta noche; la diva cojeada de diamantes que se robó el último canto de las aves...

Pasan las mujercitas de otra época. El gorgorán de los corpiños ajusta la gracia del busto floreciente. Susurran las baquillas y los verdugados, escondiendo el pie ágil y menudo, y los abanicos prodigiosos minian escenas galantes entre los dedos finos de las bellas. Son altivas y crueles. En medio de sus intrigas amorosas estará siempre el acero de Andrea Ferrara: el ancestral acero de las fintas caballerescas y las heridas sin remedio.

Fabio Fiallo trae a su libro una Carlota y una Marquesa decediosa como la Eulalia de Darío. Son dos perlas antiguas de rico oriente que sirven para destacar las vibraciones hidalgas, la modalidad elegida, el fervor tradicionalista del poeta. Su noble estirpe balla en estos temas palaciegos al verdadero goce del rafi-

namiento: la dicción de la suprema elegancia. La sangre blasfemada, que ya va siendo también un pálido arcaísmo, constituyó siempre un ejercicio de musicalidad para los líricos. Saber hablar o cantar al oído de las princesas, como lo hizo Rubén, es tener un gran dominio del matiz y una gran conciencia del ingenio. En pocos tópicos como en ésta, desentonan las disconformidades del tiempo, cuando se relata fuera de la época. Hay que ser fiel y rendido tal cual lo es aquel paje que recoge la fimbria sutil de la Marquesa... Por eso sería profanación mezclar a estas evoluciones legendarias el ritmo infernal y desconcertante de la vida ultrafista, aunque más no fuese para dar pábulo al contraste.

Fabio Fiallo sólo quiere acunarse la recordanza en un columpio cincelado por frases que no reprochan, pero que añoran los tiempos idos con una nostalgia suave de alas emigrantes:

Oh, los recuerdos, Carlota,
de aquella época remota
que ya nunca volverá:
de pavanas y minuets,
risas, intrigas y retos,
choque de espada y puñal

La misma nobleza acompaña a "Evocación romántica": movimiento de danzas pudorosas, llenas de la gracia gentil de los minuets.

En "Mazmúrea" y en "Champagna", el acento poético acrece sobre la hechicería paradójal de la belleza insensible.

La mujer estatua, impávida maquinadora de torturas, se desliza a lo largo del libro procurando al autor ese fuego de los martirios interiores: dulces y crueles como el desden que prometió caricias.

La triple Hécate despliega sus encantos en estas mujeres impasibles. Hay cielo, tierra, y acaso infierno seductor en aquellas amadas ideales, de ojos inmensos y boca virginal. Ellas han venido a sonreír con sonrisa fría de tanagra sobre las demás heroínas de una lira tierna y soñadora.

En composiciones como "Plenilunio", "Media luna" y "Era una tarde"... se siente la presencia de esa mujer sensitiva cuya hermosura es un consorcio de melancolía y amor. Mujeres que saben interpretar el lenguaje del silencio; novias sutiles por cuya palidez de un instante atraviesa toda la gradación del sentimiento.

Nada hay que torne tan sugestiva la estrofa, y a la vez, nada

hay tan difícil como recoger en el vaso esos fugaces sabores de la emoción íntima, cuya delicada trascendencia bien podría simbolizarse en una flor que tiembla al ser besada por la brisa.

Qué habrá más grande, que esta agitación sin palabras, que este momento de reconcentración perfecta?

Nadie sabrá lo que te dije, entonces,
ni lo que entonces silenciaste tú...

Fuerza es que apoye los codos sobre mis balcones de inventiva y me enmudezca un rajo ante aquellas protagonistas de pupilas ahondadas por el éxtasis. Cuánto brillo se detiene en sus ojos, y qué blancura, toda espíritu, rueda por sus manos y su frente!

Qué nombre convendría a aquella modelo del poeta que sabe decir con tan encantadora sencillez: "No tengo nada"?

En esta negación no vive el amor desventurado de Mireya, ni el remordimiento de lady Mácheth, ni la tristaza de la pobre Gaud... Es el sacudimiento de un alma pura, despierta al aviso de la voz que se ama, y se comprende lo que se agita en esa negativa. El reclamo adorable ha cruzado el éter como una estela segura de su ruta. Es una eufonía extraña, un dialoico aterciopelado y diáfano que sólo ella —el arquetipo— puede alcanzar y comprender.

He aquí el secreto de ese "no tengo nada": leyenda que podría excusarse en muchos conflictos psicológicos, pero al que Fiallo otorga solamente un lugar de sorpresa y candidez en el corazón de su criatura predilecta. Quizá ella es la realización del sueño que se dibuja en "Esquiva": bellísima correspondencia entre la idea y la forma; arquitectura idealista cuya pureza ornamental tiene la majestuosa simplicidad de una reconstrucción helénica. Hábil mano de artista la que descubre el acabado encanto bajo el velo de la lejanía y el pudor!

Es esta la primera composición que el autor ha querido poner a resguardo del caramillo de Pan. Tal vez por ello fluyen de la "esquiva" aquellas dos abejas deslumbrantes. Pan era el cuidador de las colmenas sagradas; y no son, acaso sagradas esas dos abejas que vuelan en procura del amor?

Mas, cuando voy ya lejos en mi ruta,
siento detrás de mí volar sus ojos,
cual dos abejas que su dulce carga
vinieran a dejar sobre mis hombros.

Al finalizar esta parte del volumen con "Alas", se tiene la impresión de que el dios de las grutas y los bosques relata una sencilla historia musical por donde crusa el soplo del aqualarre pavoroso y el esfluvio de un hada.

El sátiro de los terrores bucólicos gustaba bailar con las ninfas. Qué extraño, pues, que le vea a lo lejos, en un bosque de pinos milenarios, cantando a las deidades "Las tres hermanas", y luego aquel "Séndalo" tan profundo y tan lleno de dulce sacrificio?

Las oréades se han aquietado. Sus cabelleras sueltas ya no quieren ser loco telar para los dedos del viento caprichoso. . . Son tan apasionadas y hermosas las leyendas de Pan, que allá, entrelazadas como una guirnalda de azucenas, las sienten como si sus corazones se reuniesen en uno sólo y las aprenden después en un lenguaje de caricias.

Pero: será justo que añadamos pies hendidos y samarra caprina a este apologista de la delicadeza y el ensueño?

La mucca ensaorial de Pan habría de decaer aún la más delirante de esas notas consagradas a su caramillo.

Mas, redimámosla de sus malos oficios haciéndole intérprete de estas poesías deliciosas, y creamos, entonces, que ya ni Apolo ni el Amor le vencerán en las justas nobilísimas del Arte.

• • •

Ha habido una gran pausa.

La primavera está lejos. El otoño es ahora el que desprende la pasada gloria de los pámpanos.

Musset, Heine, Dario, pasaron cantando no sé de que modo lejano y fantasmal. Iban como en procura de una última Thule; a deshojar la niebla de sus sueños. . .

La oración desdobló ya sus postreras esquilas sobre el valle, y mi mirador diseña apenas sus arabescos gualda, como un moribundo epílogo del sol.

Fabio Fiallo ha tornado a cantar; pero su melancolía vuélvese ahora una avida final; un contorno insistente de todas sus refinadas ansiedades.

El dolor se convierte en descado clisir, y la amargura es el cilicio preferido.

Hay creda estoico y enigma del propio sentimiento en algunas pasajes:

Oh, alma siempre sedicosa de amargura!
Oh, extraño incomprendible corazón!

La tristeza de "Primavera Sentimental" ha aseasonado.

El esclavo de Onfalía, el adorador de Venus y de Eros, deja a un lado la túnica oficiosa, el "cinto de la diosa Anadiómeno" y las volubles flechas del amor.

Todo eso dió sus frutos óptimos, pero el poeta vuelve sus ojos hacia realidades menos corpóreas. Busca los tranquilos oasis que ensanchan aun más el recuerdo de las ardorosas travesías, y persigue las tutas cándidas y flúidas.

Aquella nave desorientada que conduce una vida al azar de las ondas, es un abandono final con el cual no quisiéramos sellar tanta inquietud viril y tanto derrotero definido.

La fe y el amor mueren. Ya no está aquí "la pequeña chiapa de alegría" brillando como una gota de salente sobre el cáliz sediento.

Pero: qué, sino contradicción y cambios perceptivos demandaremos a la sinceridad verdadera?

Además: esta es "la canción de una vida" y de una vida fecunda que no se concibe sin dolor y sin ese fatal aprendizaje escéptico que se deja traslucir en "Vibraciones".

La "saudade" de "Nochebuena": tiernos y sentidos cantares de ausente, es un latido universal. También hay universo en aquella interpretación que Fiallo hace de los sueños en "Los tres dones". El mundo es demasiado plomizo para soportar todo un zurrón de idealidades!

Y con esto ya nada más quiero decir.

Prodigo al libro una caricia religiosa. Es una flor de muchos pétalos que se ha quedado quieta entre mis manos. La elevación perdura.

(Dentro de mí hay una oración nueva por los altos poetas, por la Belleza, y por este mirador de encantamiento del que no quiero descender...)

ANA MARÍA GARASINO.

Paraná, Rep. Argentina,
Año 1931



INDICE

INDICE

PRIMAVERA SENTIMENTAL

Misterio.....	19
En el Atrio.....	19
Enigma.....	20
Inmortalidad.....	20
Quién fuera tu espejo!	21
For Ever.....	<u>21</u>
Es el amor que llaga.....	21
Plenilunio.....	22
Astronomía.....	23
Rosas y Lirios.....	24

RUMOR DE CADENAS

No cuentes a las flores.....	27
Los odios.....	27
Su acento.....	28
En mi celda.....	28
Alas rotas.....	29
Tras las rejas.....	29

TRISTEZAS DE UN AMANECER

Tu nombre.....	33
Haba.....	33
Flor de insomnio.....	34
Santa.....	35
Noche de fiesta.....	35
Imposibles.....	36
Amargura.....	37

Astro muerto.....	37
Nocturno.....	37
Balada fúnebre.....	38

LA NIÑA DE MI AMOR

La niña que amo.....	43
Caminito de la playa.....	43
Ella es una lira.....	45
Rima profana.....	46
El balcón de la amada.....	47
La canción de los besos.....	47
Qué linda estaba.....	48
Su oración.....	49
Tardecita de enero.....	50
La niña que yo quería.....	51
Oh mano, semejante a blanca flor.....	52
Nunca más.....	53
La garra de un chacal.....	55
Mi risa.....	55

LA FLAUTA DE PAN

Carnet de carnaval.....	59
Marmórea.....	60
Champagne.....	60
Yo seré de tu séquito.....	62
Sedución.....	63
Gólgota Rosa.....	64
Era una tarde.....	65
Lis de Francia.....	66

Fué un beso	67	Esther Quirch de Loric	95
Tres la sutil emboscada	67	Dulce María Parladé	95
EL JARDIN DE CAROLA		Yany López	96
Sándalo	73	Belkis	96
Evocación romántica	73	Don Fed. Henríquez G.	97
Y una voz dirá tu nom- bra	76	Ana Moya de Perera	98
Ave Reina	76	Concha M. Valdivia	99
Ruego	78	Martha María Lamarche	101
Radia una estrella	79	Terassa Domanech	102
Con ávido ademán	79	Manina	102
Visiones de la alcoba	80	Media Luna	104
Pídole al Señor	81	Beatriz Arciniagas	106
Sombra de tu sombra	82	Flor de ensueño	107
Escucha amada	82	Fabiola Caldevilla	107
Piedad cristiana	83	HUERTO DE OTOÑO	
Eco esclavo	83	Las tres hermanas	111
Pierrot	84	Blanca Flor	112
La canción de los re- cuerdos	85	Cazador furtivo	112
MEDALLONES		Alas	113
Marina Saler	91	Medieval	115
Rosa Matilde Cruz	91	Nostalgia	116
Pura Varona de Cazado	92	Los tres dones	117
Carmen Quidiello	92	Noche Buena	117
Herminia Graig de Buch	93	Amor imposible	118
Paulina Salazar	94	Oh, alma sedienta de amargura	118
Carmen Mascará de Mestra	94	Vibraciones	119
		Tres sus huellas	120
		Con mi sonrisa plácida	121
		La canción de una vida	125

